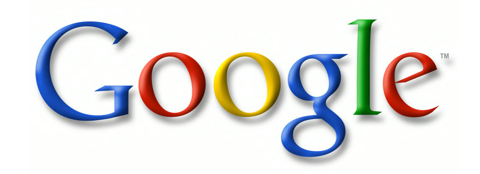



VE RI TAS
SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG

LA HIDRA

JOSE ANTONIO RAMOS

LA HIDRA

DRAMA EN TRES ACTOS



HABANA
Imprenta de la Compañía Cinematográfica Cubana
SALUD 25
1908



A FALTA DE PROLOGO

> Un pilluelo en un salón, como un mirón en una sala de juego, es un observador independiente, desde su rincón juzga á todos los que pasan con arreglo á su mérito y clasifícalos en buenos, malos interesantes ó fastidiosos con veredicto independiente y sincero: desde el momento que habla ó se agita para darse á conocer ya se compromete; no le pierden de vista desde entonces el odio ó la simpatía de centenares de hombres cuyas apreciaciones y afecciones entrarán todas en orden de batalla.—El hombre que puede huir el riesgo, y habiendo ya observado, continúa observando todavía desde lo alto de esa misma inocencia, recta incorruptible, debe ser, y será siempre una personalidad formidable.—Podrá emitir en los asuntos de actualidad una opinión que se juzgará como la necesaria y filosófica, no como una simple opinión personal.—Entrará como un dardo en los oídos de los hombres.
>
> EMERSON.

Sin reclamo, sin "pose", sin abdicar mi amable soberbia, prepárome tranquilamente á verificar mi nueva salida.

Y como al hacerlo, siento algo dentro de mí muy parecido al desaliento, del cual nunca creí ser presa, no quiero perder esta rara oportunidad de echar afuera la hondísima pena que tal inesperado desaliento me produce.

Cuando escribí mis "Almas Rebeldes" (drama no representable) y más tarde "Una bala perdida", holgábame ufano de ser un ciudadano de la soñada República de Cuba. Los sueños que forjé en mi mente, los planes que me tracé para el porvenir y las risueñas esperanzas que abrigaba en mi alma para hacer de mi pequeña patria una pequeña patria grande, para luchar por la fundación del arte teatral, para elevarme yo, á la altura que anhelo sin contar con otra cosa que la estimación de mi pueblo... mis ilusiones, en una palabra, hanse desvanecido cruelmente ante mis ojos de ingénuo.

Yo no quiero hacer cargos inútiles á nuestros irrisorios "partidos" políticos, porque ellos en su arbitraria formación y vicioso desarrollo demostraron bien claro que fueron, no una causa eficiente, sino un efecto naturalmente defectuoso de nuestra imperfecta organización económica y nuestro abigarrado é ineducado núcleo social. Encumbramiento de audaces ignorantes, errores sencillos de fondo y escandalosos de forma, desórdenes, revoluciones, los tuvo todo pueblo y hasta la vieja Albión, raro modelo de sagacidad política, sufrió su cronweliana ráfaga de sangre. ¿Esperó alguien que nuestro pueblo, porque sí, porque "había peligro" en ello, iba á ser el prototipo de los pueblos cuerdos, pasando por encima de su debilidad económica, su falta de educación cívica y su triste condición de vástago extemporáneo de una familia, como la raa latina, ya depauperada y decrépita?

El que tal cosa aguardó, fué, como yo, un soñador ó un cándido. La República del 1902 no fué más que un poema improvisado en un arranque de hábil generosidad diplomática, que

el entusiasmo del momento aplaudió sin medir ni analizar. Después los defectos saltaron á la vista y muchos versos resultaron demasiado largos mientras otros aparecieron demasiado cortos: ¿puede decirse de alguno de ellos especialmente que echó á perder el poema? No. El poema no era malo en conjunto, pero necesitaba corrección antes de hacerse una nueva edición de él. ¿Por qué se han retirado los ejemplares de la edición primera antes de procederse á una segunda?

Sólo al poeta cabe explicarnos ésto, y el poeta no ha hablado todavía: ¿quién puede anticiparnos lo que él haya pensado?

Pero de todos modos, el encanto está roto. Ahora me doy cuenta que nuestra dependencia económica y hasta geográfica de la República Grande, hace irrealizables mis sueños de altiva independencia; que poco á poco su discutible, grasienta civilización vá infiltrando en nuestra médula cierta perturbación indefinible aún; ahora experimento la aterradora sensación de vacío, la amargura de las patrias insignificantes que invade á los indígenas de la América del Ridículo dotados de imaginaciones impetuosas.....!

Ah! Siento el desaliento que no sentí cuando luchaba contra la indiferencia filistéica, contra la envidia simple, inocente el fondo, que me proponía derrotar con mi sencillez de buen muchacho, contra la mala fé de los malvados que descontaba con mi bondadoso perdón de convencido.....

¿Qué voy á hacer escribiendo dramas en Cuba?

Yo no prosigo el aplauso fácil, ni el elogio simplón de amables indoctos, ni el lucro direc-

to. He dejado tranquilamente que otros apreciables compatriotas míos se hagan llamar iniciadores del entusiasmo dramático, cuando yo ya tenía obras editadas en Europa y había hasta intentado la creación de una ópera cubana acercando poetas y músicos que no me hicieron caso. He perdido una oportunidad de representar "Una bala perdida" en la Habana, por no molestar á la Prensa pidiéndole su influencia sobre una Empresa. He aplaudido, siempre sonriente, á un compatriota más feliz que yo, Redactor Jefe de un importante diario, que logró ver su obra en escena mientras las mías bostezaban en las librerías. He sufragado de mis ahorros la primera impresión de mis libros, sin ocuparme para nada de sus beneficios, y procederé exactamente con la que estas notas precede. ¿Qué más?

El libre ejercicio de mis inclinaciones, la creación de una literatura dramática y dirección de un teatro subvencionado, la formación de la noble profesión artística con elementos extrangeros primero, nacionales después; la admiración cariñosa de los míos; la consagración de nuestro pequeño esfuerzo en la magna obra de regeneración social y mejoramiento universal..... El Ideal! ¿Cuándo todo ésto?

* * *

Esta es, pues, la causa del desaliento que me embarga al publicar éstas obras, que, sin embargo, he escrito y terminado mientras en mi país se hacía cada vez más grotesca la farsa de República con Dictadura extrangera. Cuando salgan á la luz pública estaré desarrollando otras dos que tengo ya planeadas, otra que he ideado, un libro que tengo proyectado.....

Mas ¿no es amargo éste abrumador esfuerzo de aislamiento, de reconcentración en mí mismo, trabajando, escribiendo sin cesar mientras laboro duramente en una Oficina, obscuro, incomprendido, asaetado por la ignorancia sencilla de las almas opacas que me hablan de "mis dramitas" con gesto protector? ¿No es algo muy desconsolador la dedicación de todo el ideal de una vida á una empresa que se sabe de antemano infecunda y obscura?

Muchos de mis coterráneos me han vuelto las espaldas; la mayor parte, acostumbrados á los principiantes temblones que suplican prólogos y empalagan con hiperbólicos elogios, hanse asustado de mi altivez—que no niego, porque es sincera—y de mis arrestos de convencido que ahora, apesar de mi desaliento, siento bullir en mi intranquilo cerebro con más ímpetu que nunca; pero esa indiferencia no me desanimó nunca porque conocía mis alientos más poderosos que la débil razón de ella, porque tenía fé ciega en que ellos mismos—roto el hielo—habrían de prestarme su apoyo valiosísimo, porque mi lucha tenía que ser simpática á los generosos y á los nobles y éstos eran los únicos con quienes yo quería contar.....

No me desanimé, nó, no creí desanimarme nunca: pero ¿y "lo otro"? ¿quién vence "lo otro".....?

* * *

Allá van, en fin, mis nuevas obrejas. No quiero hablar de ellas porque como artista sincero no sé producir sin enamorarme de mi obra, más vengan en buen hora las atinadas observaciones de la sana crítica, que yo sabré atenderlas.

Y si en ésta vez, ó en la siguiente, ó antes de llegar á la cumbre que no dudé alcanzar un día, mi vigor decae y mis ideas empalidecen; si vencido por la fuerza incontrastable del ambiente, hostil á mis empeños, caigo como estrella fugaz, sin estela ni gloria;....... á algún alto espíritu, justiciero y noble, que descubra mi obscuro nombre entre el montón innumerable de los fracasados, encomiendo la justificación de mi caída:

—"Cayó—quiero que diga—más cayó de muy alto, de muy alto......!"

J. A. R.



PERSONAJES

Joaquín Artigas.—36 años. Antiguo servidor de la casa Gonzálvez, ascendido á Secretario y hombre de la confianza de su antiguo señor. Frío, nervioso é inteligente. Voluntad sana y firme. Ideas avanzadas y profunda convicción en ellas.

Isolina.—Hija segunda de D. Fernando Gonzálvez. 23 años. Apasionada, impulsiva, histérica. Talento desordenado é ideas revueltas. Noble, franca y sincera.

D. Fernando Gonzálvez.—Restos humanos de un hombre vulgar y bonachón. Edad madura, prematuramente acabada, de un bebedor consuetudinario y un mujeriego inyectado de todas las podredumbres del lupanar. Ideas: las de todo el mundo.

Da. Gabriela.—Su mujer. Años, ideas y carácter indefinibles. Inclasificable. Cerebro opaco. Buena, cuando nó mala, al uso corriente.

Gustavo Gonzálvez.—El hijo mayor. 30 años. El tipo imbécil de la juventud viciosa de Hispano-América. Degenerado, estúpido é inconsciente. Una rémora suprimible.

Teófilo.—El último vástago. Idiota. La víctima.

Isabel.—Hija de Joaquín. Inteligente y viva.

Luciano.—Prometido de Isolina. No vulgar.

D. Hermenegildo.—60 años. Médico y amigo de la casa Gonzálvez. Las ruinas de una vulgaridad inofensiva y apreciable.

Un amigo.

1o., 2o. y 3er. empleados.

Primero y tercer actos en la Habana, el se-

Dos mozos.

gundo en el campo.

Epoca actual.

PRIMER ACTO

Salón biblioteca amueblado con lujo.—Un bureau á la izquierda.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

Una CRIADA, sacudiendo el polvo á los muebles.—Después el CARTERO, que entra con su balija colgando del hombro.

Cartero.—(Entrando). Buenos días.

Criada.—Buenos días.

Cartero.—(Separando un montón de cartas). Tome éstas..... (Mostrando una aparte). De esta otra tiene que firmarse el recibí; es un certificado.

Criada.—Y allá abajo.... ¿no hay gente en el escritorio?

Cartero.—No, no está más que el portero.

Criada.—(Titubeando). Pues... pues....

Cartero.—Pero ¿no hay nadie aún levantado en esta casa, ¡Qué barbaridad! ¡Las ocho y media y todo el mundo en la cama...! Já! ¡Maldito mundo éste! Y otros sudando ya el kilo para comer.... Ah!

Criada.—Sí... pero no puedo llamar á nadie.

Cartero.—¡Hom! Volveré luego.... volveré luego. Y mátese usted subiendo y bajando.....

ESCENA II.

DICHOS,—GUSTAVO. que entra atropellando, tropezando con el cartero

Cartero.—Eh! Buenos días, paisano.....

Gustavo.—(Precipitado). Buenos días. (Va á observar por las puertas).

Criada.—(Al cartero). Mire... espérese. Aquí, el joven... puede firmarle.

Cartero.—Bien, pero despacharse pronto que ya he hecho mal con subir hasta aquí arriba....

Criada.—(A Gustavo). ¿Gustavo? ¿Quieres firmar aquí un certificado....?

Cartero.—(Aparte). ¿De "tú"? Humm!

Gustavo.—(Desde la puerta primera de la izquierda). ¿Qué?

Criada.—(Cortada). Que si quiere usted firmar aquí una cosa.....

Cartero.—Un certificado, señor..... Tengo prisa.

Gustavo.—No... ah! Bueno, venga.....

Cartero.—(Ofreciendo un lápiz y una cartera). Tome usted... aquí.

Gustavo.—(Firma). ¡Vaya! (Entrega la cartera y vuelve á su observación). (A la criada). Oye, tú.... ¿Todos duermen...? (El cartero ofrece la carta).

Criada.—Sí... (Por el cartero). La carta. Gustavo.....

Gustavo.—Ah!, déjala ahí. (A la criada). ¿Papá también?

Criada.—También.

Cartero.—Ea! Buenos días.... Pasarla bien. (Vase).

ESCENA III.

GUSTAVO.—LA CRIADA

Gustavo.—(Pateando, furioso). ¡Rayos! ¿A qué he venido entonces si me alegro de no encontrar á papá...? ¿Pero qué contrarayos me hago ahora...? ¿Qué debo hacer? (Se sienta). Sin un centavo... sin un centavo en el bolsillo y.... pero recontra! Necesito dinero.... sí, de cualqupier modo! (Pensativo). Si yo.... más... (Resuelto). María!

Criada.—¿Qué?

Gustavo.—Llama á Joaquín....! Dile que venga.

Criada.—No está.

Gustavo.—Digo que lo llames, por Cristo! ¿Qué rayos te traes ahí como una momia...? Vé, llámalo!

Criada.—Pero si no está en la Oficina! ¿No lo viste al subir?

Gustavo.—Pues vé á su cuarto... ó al infierno, donde esté!

Criada.—(Yéndose). Ah, pedazo de.....! (Vase).

ESCENA IV.

GUSTAVO, solo.

Gustavo.—(Paseándose, furioso). Maldita hora de brutalidad! Ah! Todo me amenaza salirme de cabeza...¡ Pero... (Reflexiona). Oh! ¿Por qué rayos me hallo yo ahora, obligado á huir, á dejarlo todo como si... Ah! Qué bestia he sido! Qué bestia, gran Dios! (Pausa). Y necesito dinero... es lo único, es lo único que necesito ahora.

Dinero! Mas... ¿cómo rayos? Ah! Pero tendría gracia, tendría ocho pares de bemoles que yo no pudiera conseguir hoy un paquete! ¿Dónde voy sin un "salao" centavo en el bolsillo? ¡Qué recontra me hago? (Pausa). Pues no hay más remedio! Si Joaquín no me lo dá, llamo á papá y se lo largo todo como tres y dos son cinco! Al diablo! Y... (vacila). Pero no, recontra-diez, que cualquiera aguanta después la lata del viejo! Que si porque hice tal... que si por qué hice y des..... Un "tarro"! Prefiero entregarme á soportar la lata....! (Se pasea). (Mirando el reloj). Las ocho y media y..... ¿Pero dónde rayos habrá ido ese casco indecente...? (Patea, impaciente). Hum! Esto se complica y....

ESCENA V.

GUSTAVO.—JOAQUIN.

Joaquín.—(Entrando, un poco extrañado). Buenos días... ¿era usted?.

Gustavo.—(Levantándose, con ímpetu). Ah! Necesito dinero... lo he llamado porque necesito cien ó doscientos centenes ahora mismo... pero ahora mismo.

Joaquín.—Oh!

Gustavo.—Sí, Joaquín, lo necesito con verdadera urgencia. Es absolutamente necesario que yo tenga ese dinero ahora mismo.

Joaquín.—Pues no es posible, Gustavo. Sería necesario el consentimiento de su padre para abrir la caja... y además, el cajero no ha venido aún... por mi parte...

Gustavo.—(Airado). Qué consentimiento, ni qué cajero... ni qué "velorios" se trae us-

ted, compadre.....! Quiero dinero..... y quiero tenerlo... y basta...! Hombre! Sería gracioso! (Más fuerte). Habría que verlo! Que yo, el hijo de un hombre rico, no tuviera un paquete de centenes á mi disposición en un lance de "arroncabellona" como éste! Hé! Esto es insoportable, recontra, y me dan ganas de ir allá abajo y romper la caja á hachazos.....! Ah! ¿Pero usted no conoce la combinación de la caja? ¿No es usted el principal, el secretario de mi padre, el hombre de confianza... el... tarro! Todo se vuelve dificultades y contratiempos...!

Joaquín.—Es que en mis manos no está el servirle. ¿Qué puedo hacer yo?

Gustavo.—Y de usted, de su bolsillo: no tiene dinero que prestarme? Usted es un "momia". no "rumbea", no toma, no tiene mujeres, no gasta una indecente peseta en un coche... y tiene un gran sueldo: ¿no tiene un "cochino" paquete de centenes que prestarme? Yo soy rico..... y puedo pagarlo hasta cien veces!

Joaquín.—Usted será rico... pero yo no lo soy apesar de ser un "momia". Ah! Si yo dispusiera así de paquetes de centenes...!

Gustavo.—Un rayo me...! Oh! Esto es insoportable... insoportable...! Oh! (A Joaquín). Pues rompa usted la caja... ó... (Con gesto brusco) rómpase usted los tarros contra un tranvía... que es de lo que me alegraría ahora! Ah! Pero no tenga cuidado, Joaquín! Acuérdese que me ha negado usted su auxilio cuando más yo lo necesitaba....! Acuérdese que no hace aún un mes apoyé á Isolina mi hermana para

que trajese usted aquí á su... hija y ahora.....

Joaquín.—(Con dignidad, interrumpiéndole). Alto! Yo no le he negado á usted mi auxilio.... ni me olvido que debo á usted.... (Pesaroso) un favor tan señalado... Me he negado á tocar la caja sin la aquiescencia del señor Gonzálvez, y á ello me negaría hasta delante de la boca de un revólver...! Llame usted á su señor padre y obtenga de él su asentimiento, yo no debo ni tengo que hacer en este caso más que lo que él me ordene..... y en cuanto á mi auxilio personal, los cincuenta ó sesenta pesos de que puedo disponer libremente para ofrecer á usted, no llegan ni á la mitad de lo que usted parece necesitar... Ya vé usted....

Gustavo.—Está bien. (Seco). Gracias. (Joaquín se inclina y se retira hácia el fondo). Oiga! No diga á nadie una palabra de esto....! ¿Oyó?

Joaquín.—Perfectamente. (Vuelve al fondo mientras Gustavo emprende sus paseos agitados).

Gustavo.—(Deteniéndose). Oiga! Ni que me ha visto! Rayos! Tengo que.... Bueno: si alguien viene allá abajo usted dice que no estoy, que no he vuelto aún... cualquier cosa! No diga á nadie que estoy aquí.

Joaquín.—Está bien. (Vase).

ESCENA VI.

GUSTAVO, después ISOLINA

Gustavo.—Rayos.... centellas... y recontracentellas....! Mire usted que perder miserablemente el tiempo de este modo! ¿Qué

debo hacer? Ah! Me parece, sí, que tras de una barbaridad voy á hacer otra mayor..... De todos modos "me la van á partir" y.... (Mira con atención el bureau) no es "el niño" el que se deja cojer así de "comebolas". Si no tengo dinero á las buenas...... (Se sienta frente al bureau). Si hubiera aquí dinero....! (Comienza á forzar una gaveta). Si no lo tengo á las buenas.... lo tendré á las malas.... ó...., Chufas!!! (Con la gaveta). Pues te abro, grandísima perra..... aunque tenga que despertar.... á la madre de la santísima.... gran bestia..... porque yo.... no soy.....

Isolina.—(Acercándose). ¿Quién anda ahí? Ah! (Sin sorpresa). Eras tú.

Gustavo.—(También muy naturalmente). ¿Sabes qué hay aquí?

Isolina.—No hay dinero. que es lo que buscas.....

Gustavo.—Rayos, tienes razón! Tratando de abrir las otras gavetas). ¿Sabes donde hay?

Isolina.—Allá abajo en la caja..... ó si nó, en la Tesorería Nacional de la República.....

Gustavo.—No estoy para bromas, tú! Necesito doscientos centenes ahora mismo.....

Isolina.—¿Para qué? Tan caro se ha puesto el cognac?

Gustavo.—Para lo que me dá la gana, rayos, para lo que no te importa. Los necesito y nada más. ¿No puedes dármelos?

Isolina.—Tu has perdido el seso, ó es que hoy no estás borracho.....

Gustavo.—Que no juegues, Isolina! Te juro por todo el Martirologio que si yo no consi-

go ahora mismo doscientos centenes. armo la gorda en ésta casa.....

Isolina.—Por mí, arma la gorda... la flaca... y la que te dé la gana. Me pides dinero: no lo tengo y listo. ¿Lo necesitas? Búscalo. (Empujándolo). Oye: y déjame sentar ahí que tengo que leer estas cartas.....

Gustavo.—(Levantándose). Ah! Miren que esto es grande! No tener yo un alma que vea mi situación....! Rayos! Pues llamo á mi padre y le aguanto la.....

Isolina.—Te advierto que ayer me negó dos centenes que le pedí.

Gustavo.—Oh! (Desesperado). Pero ésto es horrible, Dios mío! Esto es "despampanante", inaguantable! (Sentándose con rabia en un sillón). Vaya! Pues me partirá un rayo aquí sentado! Al tarro todo el mundo! (Cruza una pierna y chifla ruidosamente).

Isolina.—Vamos á ver. ¿Le has pedido á Joaquín?

Gustavo.—Es un bestia, un malagradecido, un tipo! Me lo ha negado. (Hay una pausa. Gustavo medita).

Isolina.—¿Quieres diez centenes que tengo?

Gustavo.—¿Diez?

Isolina.—Ni uno más, es lo único que tengo. (Pausa).

Gustavo.—(De repente). Oye!

Isolina.—Pss! Vas á despertar á papá!

Gustavo.—Una idea!

Isolina.—Habla.

Gustavo.—Dame esos diez centenes.....

Isolina.—(Vacilando). Oh! Y tener que volver... mira: están en mi escaparate, en...

no, oye, mejor será que vaya yo. (Guarda unas cartas). Espérate.....

Gustavo.—Anda, "chonguita" santa, corazón de "melón"... por tu madre, que vas á "salvar" á tu hermanito.....

Isolina.—No te lo mereces......! Espérate. (Vase).

Gustavo.—Yey¡ De "apobanga"! Esto se va enchuflando. (Reflexiona). Cincuenta y cincuenta.... ó sesenta, son.... Oh! Pero el pasaje sólo cuesta.... ¿Y con sólo sesenta ('tulipandegues" me voy á largar... No. Decididamente de ésta hecha "me la parten". Hum! (Canturreando). "Y era de ver, mi prieta, como en las ramas, cantaba el ruiseñor..... si señor! (Aparece Isolina nuevamente). "Ya era de ver mi prieta, como en las ramas, cantaba el ruiseñor.... si señoooor!

Isolina.—Vaya. (Le entrega el dinero).

Gustavo.—Venga! (Los cuenta). ¿Diez...? Sí, Isolina... diez nada más, parece mentira.....

Isolina.—Te juro que me quedo sin un centavo. (Rasga otro sobre).

Gustavo.—(Insinuante). Oye.... Tu... no tienes... así, algún amigo de confianza á quien pedirle.....

Isolina.—(Distraída leyendo). No.

Gustavo.—Mira, por ejemplo... á ese Luciano.....

Isolina.—Por Dios, Gustavo, qué cínico eres...! Hazme el favor de callarte.....!

Gustavo.—Y tú qué púdica! Vas á hacerme creer á mí también en tu "pureza"?

Isolina.—Basta, Gustavo.....

Gustavo.—Pues chica, yo necesito dinero....

necesito dinero y estoy dispuesto á todo... á todo... Qué diablo! Cuando de la pelleja se trata! (Repentinamente). Oye! Una idea!

Isolina.—Díla.....

Gustavo.—Pídele á Joaquín tú....

Isolina.—Oh! Sería impropio.....

Gustavo.—Listo! No me vas á decir también á eso que nó. Estoy perdiendo el tiempo y no quiero encontrarme á papá ni á mamá. Vamos. (Vacila.) Lo... Espérate. Salgo ahora... compro con ésto el... vuelvo y... Listo! Vuelvo enseguida y tú me tienes el dinero aquí. Hecho! Pídeselo á Joaquín.....

Isolina.—Y si no puede, Gustavo?

Gustavo.—¿Qué rayos no va á poder, él, un criado, un cochero ascendido á persona decente á fuerza de bondades de papá...? ¿Cuándo la ha visto él más gorda de poderle servir á los hijos de aquel á quien todo se lo debe....? Que se atreva á negártelos que él y su hija salen de aquí á patadas....

Isolina.—No hables así, Gustavo.....

Gustavo.—No hay más que hablar...! Salgo y vuelvo enseguida, cuando vuelva, cosa de cinco minutos, me entregas.... me entregas... (Vacila). Espérate, que no quiero subir. (Resuelto). Le dices á Joaquín que me los tenga listos allá en el escritorio... ¿Oiste?

Isolina.—Sí, si se puede.....

Gustavo.—Se podrá, rayos! (Duda). Tengo que afeitarme y... esta ropa..... Ah! ¿Tú te quedas?

Isolina.—No lo sé, pensaba salir.

Gustavo.—Diablo! Todos son inconvenientes.....!

Isolina.—¿Qué quieres,

Gustavo.—Dile á mamá que me mande ahora mismo... es decir, dentro de diez minutos, una muda de ropa á la barbería del "Ñato", allá abajo.... ¿Quieres decírselo?

Isolina.—No sé si podré. Bueno. Si no á ella á la criada. Pierde cuidado, te la mandarán.....

Gustavo.—All right! (Medita, caminando hacia el fondo).

Isolina.—Bueno, y ¿para qué es todo ésto? ¿Qué barbaridad has hecho tú por ahí...?

Gustavo.—Para nada... para nada...! Al diablo! Al diablo! (Consigo). Salgo... ahora á San Pedro y Oficios... después... y después.... Listo! Vete al diablo! Al diablo! Al diablo! (Ya en la puerta). Ah! Y ahora, mi prieta "pfliii". Hasta que "ñancue"....!! (Vase).

Isolina.—Estúpido! Ni siquiera me dá las gracias.....! (Se abstrae en sus cartas).

ESCENA VII.

ISOLINA. sola.

Isolina.—(Consigo). Otro pedido á cuenta... y el vestido sin gustarme todavía...! Qué modistas, qué modistas! (Tomando otra carta). Esta... como si la viera, de Adelina. (La abre). Efectivamente... (Lee). Pues te has salido con tu gusto por que al fin y al cabo me parece que voy á corresponderle á Luciano! Vaya! Le voy á dar el notición con la primera que le escriba... (Ya con otra). Pero qué imbécil! Otra cita! Qué hombre más estúpido, santísima

trinidad! Qué pesado! ¿Por qué se me ocurriría á mí el capricho de pertenecerle una noche...? Pues no iré... no puedo ir! No sé que me pasa que empiezo á sentir vergüenza cuando ya todo el mundo habrá acabado por creer que no tengo ninguna. ¿Es por Luciano? ¿Es por... nó... nó... no debo pensar en eso. Mi soltería nominal me cansa... (Después de leer otra). Pero si no voy, insistirá y.... (Resuelta). Iré... iré, pero... Ah! Dios mío! Cuanto siento engañar á Luciano! (Rompiendo las cartas comprometedoras). Después de todo quien sabe si sea yo la que me engañe con él..... (Observa el reloj). Las nueve... Me queda tiempo. (Levántase). Ah! Pues se me olvidaba ya el encargo de... (Alto). María...! María! ¿Qué habrá hecho Gustavo? María! (Vá hacia el fondo). María! (A la criada, que se supone detrás de una puerta). Dile al señor Luciano que suba... que yo lo llamo... Anda. (Vuelve). Qué lástima que éste hombre no fuese un poco... un poco más hombre... (Se sienta).

ESCENA VIII.

ISOLINA,—JOAQUIN.

Joaquín.—(Entrando). Muy buenos días, Isolina......

Isolina.—Buenos días, querido amigo... haga usted el favor de sentarse. Se trata de algo muy delicado..... Oye usted?

Joaquín.—Con mucho gusto..... Sólo que he dejado la Oficina por subir aquí arriba y... pero cuando usted llama. Estoy á su disposición, señorita Isolina.

Isolina.—Se trata... se trata... Ah! Mire: yo quiero decirle á usted que... esto es, pedirle... doscientos, sí, creo que doscientos pesos, digo, centenes... para un asunto que es, digo, que creo es urgente... de verdadera urgencia.....

Joaquín.—(Sonriendo). Comprendido... comprendido. Es para Gustavo.

Isolina.—Bueno, antes de seguir adelante, vamos á establecer un punto. Yo, yo, ¿eh? Bueno. Yo necesito, para mí, cinco centenes..... ahora precisamente me piden en una carta esa cantidad y he dado todo mi dinero á Gustavo. Anoche le ví dos á mi padre en la mano y se los pedí para reforzar mi capital... pero... Bueno. Estos cinco centenes, son cosa importante que vá por delante y como cosa verdaderamente urgente... ¿Comprende usted,

Joaquín.—Comprendido. Los tendrá usted. Como hasta dentro de diez días no vence el mes, usted me permitirá le ofrezca esa cantidad de... como el mes pasado... ¿verdad?

Isolina.—Ah! Sí... sí... como usted quiera! Oh! Qué bueno es usted, Joaquín!

Joaquín.—Gracias, señorita Isolina. Bien... Aguarde usted un momento.... ¿es para ahora mismo, verdad?

Isolina.—Sí, Joaquín, si no le molesta. (Joaquín se retira hacia el fondo). Ah!, Joaquín! ¿Y de "lo otro"?

Joaquín.—De lo otro, señorita..... Realmente yo no puedo hacer nada, puede creérmelo usted. Sin la aquiescencia de su señor padre, yo no toco un centavo de la caja. En esto soy y seré inexorable.

Isolina.—Demontre....! (Después de un rato

de reflexión). Bueno, ya veremos eso, porque después de todo yo no me he comprometido á nada y ese dinero será probablemente para alguna calaverada de Gustavo. Voy un momento á ponerme el sombrero... y le aguardaré á usted aquí. Hasta ahora mismo, Joaquín. (Joaquín se inclina y vase. Isolina vase también).

ESCENA IX.

ISABEL.—TEOFILO, que entran violentamente en escena, éste correteando tras de aquella.

Isabel.—No juegues, Filito..... Filito no sigas.....

Teófilo.—Pues dame un beso.....

Isabel.—¿Y para eso no eres bobo, verdad? Mírenlo! Tu lo que no has conocido nunca es la vergüenza.....!

Teófilo.—Anda... anda... uno "ná" más!

Isabel.—Quítate! O llamo á papá.....!

Teófilo.—Uno..... uno.....

Isabel.—Y lo llamo.....!

Teófilo.—"Po" mira! Si tú lo llama, yo le digo que tú y Gustavito..... ¿eh?

Isabel.—Cállate...!

Teófilo.—Le digo que tú y Gustavito son "novios"! Y que tú.....

Isabel.—(Lanzándose á él y agarrándole la boca con una mano). Cállate, Filito, por tu madre....!

Teófilo.—(Haciendo esfuerzos por gritar). Se lo digo! "Po" se lo digo si tú....

Isabel.—Por tu madrecita santa, Filito... No se lo digas...! Oye! Si tú no se lo dices... te doy el beso!

Teófilo.—(Saltando). "Po" dámelo! "Po" dámelo!

Isabel.—No... ahora no... Luego! (Corre al fondo). Eh!, bobo!

Teófilo.—A que te cojo....! (Le corre detrás).

Isabel.—Idiota! Idiota....! Bobo! Quita!

Teófilo.—"Po" dámelo....!

Isabel.—(Siempre huyéndole). Oye... te doy dulce... te robo dulce del guarda-comida... anda...! Déjame ir, Filito...!

Teófilo.—"Po" te cojo...! Y te cojo! Y te cojo!

Isabel.—No juegues... Filito que me van á regañar! No juegues!

Teófilo.—Y te cojo...!

Isabel.—(Asustada, sintiendo pasos). Por tu madre, por tu madre, Filito, ahí viene mi padre..... (Trata de dissimular).

ESCENA X.

DICHOS. — JOAQUIN, luego, menos TEOFILO.

Joaquín.—(Al entrar, incómodo). Isabel!

Teófilo.—Y te cojo... y te cojo!

Isabel.—Qué, papá...? Yo no soy...!

Joaquín.—(Agarrando á Teófilo por el brazo). Oiga, Teófilo! Haga el favor de no jugar con mi hija...! Oye usted?

Teófilo.—Suélteme, Joaquín... yo no lo vuelvo á hacer..... (Joaquín lo suelta). Tu verás.... (A Isabel). Se lo voy á decir, mira: (Besándose los dedos pulgar é índice en cruz) por ésta que se lo voy á decir.....! Tu verás si se lo digo.....! (Vase).

Joaquín.—(A Isabel). ¿Qué es lo que tiene que decirme ese imbécil,

Isabel.—Nada, papá... son cosas de él, nada.

Joaquín.—¿No te he dicho mil veces que no quiero verte jugando con él...? ¿No has

oído que Doña Gabriela ha regañado á Teófilo por ello.....?

Isabel.—Pero si yo no fuí, el vino á buscarme.

Joaquín.—Pues vaya una vez más que te lo digo y van mil. ¿Porqué saliste de mi cuarto?

Isabel.—Vine á tomar agua al comedor, mi padre..... (Con un mohin gracioso, echándole los brazos al cuello). Oh! Pero qué regañón estás hoy, viejo....! Eres insoportable! Oyes?

Joaquín.—Déjame, estoy bravo de veras.....

Isabel.—¿Y por qué tu has de regañarme todos los días? ¿Tú no dices que ya yo soy una mujercita.....?

Joaquín.—(Ya más blando). ¿Y por qué tú haces para que yo te regañe todos los días? Tu lo que eres..... es una chiquilla, y muy majadera.....!

Isabel.—(Mirándolo). Anda, bobito...! (De repente). Oye!

Joaquín.—¿Qué?

Isabel.—¿Qué es lo que tiene Teófilo, ¿Eh? ¿Por qué está así?

Joaquín.—Nada... á tí no te importa. Una enfermedad.....

Isabel.—¿Qué enfermedad? El está bueno!

Joaquín.—Una enfermedad de herencia, señor! Vamos, eso á tí no te importa...

Isabel.—(Pensando). De herencia...! Oye... y Gustavito ¿por qué no es bobo también...?

Joaquín.—Es un degenerado, una víbora..... mejor que fuera imbécil.....

Isabel.—¿Qué es un degenerado?

Joaquín.—No más preguntas, Isabel...! (Pausa). Vamos á ver... ¿Has abierto ya algún libro....? Probablemente de eso no te ha-

brás ocupado tanto, porque es precisamente lo que te atañe. ¿Verdad?

Isabel.—Pues sí, mi padre..... He repasado la Aritmética y abrí el cuaderno de Gramática para el ejemplo de oraciones pasivas... ¿No te acuerdas que anoche estudiamos?

Joaquín.—Así... así es como me gusta...

Isabel.—Oyeme, mi padre: me gusta estudiar á tu lado... pero estudio ménos.....

Joaquín.—Estudias ménos.....!

Isabel.—Sí, mi padre...! Me entran unas ganas de leer en tus libros y dejar los míos!

Joaquín.—Perfectamente, ya lo sé para hoy. Te irás á la cama á las nueve....

Isabel.—No, mi padre... nó... ya verás que retebién voy á estudiar ésta noche...

Joaquín.—Como quieras, cabeza de pájaro! (La besa en la frente). Y... ¿sabes que te encuentro muy pálida?

Isabel.—Es que tú ves visiones, papá.....

Joaquín.—Vamos, no juegues...! Anoche te quedaste dormida muy tarde... ¿Te sientes mal?

Isabel.—(Algo turbada). No, mi padre..... no.....

Joaquín.—Pero... estás pálida... sí... muy pálida. (La observa). Tienes los ojos amoratados..... ¿Tuviste anoche alguna pesadilla?

Isabel.—No, mi padre... ¿No te lo dije esta mañana?

Joaquín.—Pero es que ni antes de anoche ni anoche has dormido tranquila. Yo no sé por qué creo notar algo anormal en tí.....

Isabel.—(Turbada). Oh, mi padre...!

Joaquín.—Ahora mismo... vamos á ver! ¿Por qué te turbas? ¿Por qué te ruborizas como

si te hubiese reñido? Isabel! Tú me ocultas algo.....!

Isabel.—Oh, papá! (Casi llorosa).

Joaquín.—Tú me ocultas algo, Isabel!

Isabel.—No mi padre, vamos... que digo que nó! (Llorosa). Y vas á acabar por hacerme llorar con ese modo de mirarme y hablarme.....!

Joaquín.—Bueno, vamos... tranquilízate. Luego me contarás todo lo que te empeñas en ocultarme... Vamos, quiéreme y sé buena porque yo quiero serlo todo para tí, padre, madre, amiga y todo... ¿oiste? Pero ¿por qué lloras...? ¿Qué es lo que tienes?

Isabel.—Nada, mi padre... que me mortificas con hablarme así tan serio.....!

Joaquín.—Vamos, pues ya me sonrío... mírame los ojos. Se acabó todo y papá vá á ser muy buen papá... Un beso... y en paz.

Isabel.—Sí... sí...

Joaquín.—Te vas al cuarto á estudiar... y después me esperas para almorzar juntos y bajar al escritorio... Vamos.

Isabel.—(De repente). Oye, papá...!

Joaquín.—¿Qué?

Isabel.—Vámonos de aquí.....!

Joaquín.—¿De dónde?

Isabel.—De esta casa.....

Joaquín.—(Demudándose). Oh!

Isabel.—Yo no quiero estar más en esta casa...

Joaquín.—(Violento, nervioso). Es que te han hecho algo! Acaso alguien de esta casa te haya vejado, insultado... alguien de esta casa se ha atrevido á tocarte... á mirarte siquiera...! Dí...! Dí pronto, Isabel...! Habla!

Isabel.—No, mi padre, no.....

Joaquín.—(Dominándose). Sí... sí... más vale así, hija mía. Cuando pienso que alguien de este antro puede mortificarte, vejarte recordándote tu posición, tu condición de... Mira... no sigo... la sangre se me agolpa á los ojos, más vale que calle porque al fin y al cabo le debo á alguien tenerte á mi lado..... Sí, más vale. Y quizás sea éste deseo obtuso tuyo, todo un presentimiento fatal! Sí... sólo me falta decidirme para marcharme de aquí....

Isabel.—Qué bueno eres! Mira, papá, á medida que voy creciendo, te voy queriendo más... es decir, mejor, porque voy comprendiendo lo bueno que eres conmigo... y con todo el mundo.....

Joaquín.—Bueno... Ahora déjame que tenga que hacer... (La besa). Hasta luego....

Isabel.—Hasta luego viejo... ¿Sabes á lo que voy? Ah!, yo también soy maestra! Estoy enseñando á escribir á María la criada...!

Joaquín.—(Satisfecho). Ah! Así se hace.... (La besa). Conque á tu clase de escritura... déjame ahora que tengo que hacer... Hasta las once.

Isabel.—(Alejándose). Temprano..... ¿Eh? (Vase). (Joaquín se queda reflexionando).

ESCENA XI.

ISOLINA,—JOAQUIN.

Isolina.—(Entrando, ya vestida). Ah! Le tocó aguardar á usted.

Joaquín.—Sí, señorita Isolina... con mucho gusto.

Isolina.—Y... con quién hablaba usted, Joaquín?

Joaquín.—Ah! Sí... hablaba con Isabel, mi hija... un momento...

Isolina.—Qué chiquilla más inteligente!

Joaquín.—Muchas gracias, Isolina....

Isolina.—Qué lástima que no esté en un Colegio! ¿Por qué usted no la pone, Joaquín, en cualquier Colegio?

Joaquín.—Ha abordado usted, señorita, el problema que más me preocupa... que más me mortifica, por decirlo así.....

Isolina.—Un problema......!

Joaquín.—Ah! Y tan enorme! ¿Debo enviarla á un Colegio á aprender lo que se aprende en esos planteles...? Indudablemente que si yo fuera un padre corriente, un "filisteo" vulgar, procuraría para mi hija un Colegio de esos que dan fama y una educación de salones efectiva... pero mis ideas en este caso son especialísimas... y llego hasta á pensar en ponerla pantalones y trocarla varón antes de que sea mujer.....!

Isolina.—Oh! No le comprendo!

Joaquín.—Ah!, Isolina! La mujer es la víctima más infeliz de la decantada sociedad cristiana y moderna... es el único ser que apesar del espíritu de libertad del siglo, tiene aún que pensar, sentir y amar, de acuerdo con la Biblia, con los tratados de moral cristiana, con la opinión de todo el mundo y hasta de acuerdo con las vecinas del barrio. Con lo único que la mujer latina y sobre todo, hispano-americana, no puede proceder de acuerdo, es con los íntimos impulsos de su corazón y su conciencia!

Isolina.—Usted exajera!

Joaquín.—Confieso que estudio por ella, sólo por ella, como sólo por ella quiero ser bs-

chiler y luego abogado y luego algo...! Pero: me preocupa tan hondamente el problema de la mujer en nuestra sociedad! ¿Qué debo hacer de Isabel? Estoy convencido de que sólo una ignorancia al estilo colonial, repleta de misticismos, es capaz de hacer ménos desgraciada á la mujer enfrente de su vida; mas ¿debo dejarla en la obscuridad? ¿Voy á hacer de ella un animal doméstico al estilo corriente? No puedo, no podría! (Desalentado). He aquí por qué le dije que había tocado usted un punto difícil, muy difícil...! Ah!, perdóneme usted, señorita Isolina que la haya distraído con mis tonterías.....

Isolina.—Nada de eso, Joaquín...! Le juro á usted que me place oirle... Sí, se lo juro! Sé que es usted acusado de disolvente, de anarquista, ó nihilista... yo no sé! No entiendo un ápice de todo ello... pero me gusta oirle hablar... me gusta oirle expresar sus ideas... porque hay veces que me imagino oir una voz lejana, dentro de mí misma! Créamelo usted!

Joaquín.—Gracias... Isolina. (Entregándole el dinero). Aquí tiene usted la cantidad pedida.

Isolina.—(Tomando el dinero, más preocupada por lo que quiere decirle á Joaquín). Oh! Me interesa usted como me interesa Isabel, porque veo en ustedes tanto cariño...! Tanta amistad! Quisiera tener, así, como tiene ella, un padre á la vez consejero y amigo, un padre verdad, vamos... como yo me supongo que debe ser un padre.....

Joaquín.—Desgraciadamente, señorita Isolina, hay demasiado pocos que piensen conmi-

go... tan pocos! (Inclinándose). Con su permiso.....

Isolina.—Oiga, Joaquín, yo quiero hacer algo por Bela.....

Joaquín.—Oh!

Isolina.—Sí... quiero hacer algo. .Tengo unas ganas locas de hacer bien, de servir para algo... imagínome incurriendo en una falta grave al llevar una vida tan inútil, tan estéril... Oh! ¿Será que efectivamente no sirvo para nada?

Joaquín.—No se atormente usted con esas ideas, Isolina y sepa que siempre le viviré agradecido de sus bondades... siempre!

Isolina.—(Pensativa). Es cierto... muy cierto, Joaquín lo que usted acaba de decirme... no puede proceder una nunca, de buen acuerdo con su corazón... Ah!

Joaquín.—¿Deseaba algo más, Isolina...?

Isolina.—Joaquín...! ¿Me cree usted mala, me cree usted una mujer de mal corazón... vamos... de mal corazón no, pero... indigna, impúdica...?

Joaquín.—(Sonriendo benévolamente). Oh, señorita Isolina! No puedo responderle! La banalidad de la respuesta obscurecería su sinceridad... no. No la creo á usted mala por muchas razones que sería prolijo y extemporáneo enumerar, no... Desde el fondo de mi alma, lo único que siento hacia usted es una viva simpatía... una simpatía compasiva, si debo ser franco.....

Isolina.—Oh!, gracias... gracias! Siempre he creído que usted me comprende...

Joaquín.—Más deseche todas esas ideas, Isolina y vaya á su paseo matutino alegremente, que la vida no merece tomársela por el as-

pecto trágico cuando se tiene salud, juventud... y dinero... Hasta luego, Isolina. Con su permiso... (Se inclina y vase).

Isolina.—(Abstraída). Hasta luego, Joaquín...

ESCENA XII.

ISOLINA,—DA. GABRIELA.

Gabriela.—(Entrando). Bueno! ¿Vas á salir ya, tan temprano?

Isolina.—(Aún abstraída en sus ideas). Sí, mamá.....

Gabriela.—¿Dónde vas?

Isolina.—A casa de Juana... hoy me ha vuelto á pedir dinero.....

Gabriela.—¿Pero tan temprano?

Isolina.—Sí, mamá... (Retirándose hácia el fondo). Tengo que hacer, tengo que hacer... Hasta luego...!

Gabriela.—Adiós, hijita! Ah! Qué tiempos! Que bien en mi tiempo iba á salir una muchacha sola así á la calle!

Isolina.—(Desde el fondo). Ah!, mi madre! Gustavo me dejó encargada de decirle á usted le mandase una muda de ropa á la barbería de la esquina. ¿Oye usted? Hasta luego, ¿eh? (Vase).

Gabriela.—Pero ¿cuándo viste á Gustavo...? Oye. (Vá detrás). Cuándo quiere la ropa...? Isolina! Isolina! (Vuelve) Ah! Qué muchacha ésta! Sin decirme cuando ni..... Ah! Qué hijos, qué hijos....! Cría cuervos para que te saquen los ojos! Y todo es la falta de religión... la falta de moral...!

ESCENA XIII.

DA. GABRIELA.—DON FERNANDO

Fernando.—(Saliendo por la misma puerta que salió Gabriela). Ay! Ay! Qué piernas éstas......!

Gabriela.—¿Todavía te duelen.....?

Fernando.—Sí hija... así... al principio... de echar á andar... Ay! Ay! (Llega hasta el bureau, donde se sienta). Siempre al echar á andar me duelen tanto, tanto!

Gabriela.—¿No te alivió la pomada que te recetó Don Hermenegildo?

Fernando.—Sí, un poco... pero: quiá! Ay! Ay! ¿Sabes que me sigue doliendo el hígado atrozmente? Cada vez que hago así .. (Hace un movimiento) me duele... me duele como si lo comprimiera la piel al estirarse.....

Gabriela.—Y no le dijiste nada á Don Hermenegildo de ese dolor?

Fernando.—Si, lo sabe, pero pch! Alivio, alivio es lo único que me dan siempre los médicos; cura, nunca. ¿No me cansé de tomar aquellas cucharadas para el dolor en la espalda, sin resultado alguno? Anoche me dolieron otra vez los riñones de un modo atroz...! Ya ves.

Gabriela.—Pero no debes hablar así, porque á no ser por Don Hermenegildo ya la lengua se te hubiera caído á pedazos.... Acuérdate!

Fernando.—Siento una pesadez tan horrible...!

Gabriela.—¿Por qué no sales? ¿Por qué no te das un paseo todas las mañanas....?

Fernando.—Ahora... ahora cuando nos vaya-

mos para la finca. En estos últimos meses he tenido mucho trabajo, y después de todo, á no ser por Joaquín, yo no sé qué hubiera sido de mí... Ya los años me pesan demasiado.

Gabriela.—Y si piden por fin á Isolina y.... .

Fernando.—Justamente. (Mostrando una carta que ha abierto). Rodríguez me escribe dándome cuenta de las reparaciones que se han hecho en el pabellón de las herramientas... ¿te acuerdas? para dárselo por habitación á Joaquín.....

Gabriela.—¿Y también ese tipo va á veranear con nosotros?

Fernando.—Me dá lástima, Gabriela, ver como trabaja ese muchacho...! Quisiera que descansara también! Después de todo durante los meses de verano bien se puede hacer cargo Gustavo de los asuntos, aquí en la capital; ya le he dicho que tiene que trabajar de cualquier cosa este año, porque es imposible que continúe esa vida de disipación y holganza.

Gabriela.—Eres muy exigente con Gustavo, Fernando y en cambio todas tus complacencias son para el orgulloso de Joaquín... (Fernando hace intención de hablar). Oye: ¿Y no te acuerdas que es muy probable pidan á Isolina en este mes? Creo que el veraneo al campo no va á ser posible..... Ya verás.

Fernando.—¿Es ya cosa resuelta lo del noviazgo?

Gabriela.—Tal parece que no te satisface.....

Fernando.—Como que él es un arrancado!

Gabriela.—Pero es un muchacho excelente, Fernando, un hombre de carrera.....

Fernando.—Un pica-pleitos!

Gabriela.—Y además es de muy buena familia.... de ilustre abolengo.....

Fernando.—Vaya! Ya apareció aquello! Como no había de faltar lo del "ilustre abolengo".....!

Gabriela.—De modo que te opones á las relaciones de Isolina con ese muchacho.....

Fernando.—Yo oponerme á...! Pero ¿tu estás loca?

Gabriela.—Entonces por qué dices que es un arruinado, un pica-pleitos... un...

Fernado.—Por decir, mujer, por decir... vamos. Ya saben ustedes que en esos asuntos yo no quiero meterme.

Gabriela.—¿Y entonces?

Fernando.—Nada, Gabriela, nada... cásense, arréglense...! Allá ustedes! Yo tengo ya demasiado con mis asuntos de bolsa y azúcar. (Enfrascáse en la lectura de cartas).

Gabriela.—Eso es! Muy bien. Así es que los asuntos de la intimidad del hogar, el matrimonio de la hija, debo discutirlo y decidirlo con el comerciante de la esquina ¿no es eso? Para después desaprobarlo todo y lavarte las manos como Pilatos? Pues eso no puede continuar así!

Fernando.—Pero mujer: ¿qué quieres tú que yo haga? ¿Me hace caso Isolina? ¿Me atiende Gustavo? ¿Me oye siquiera Teófilo? No me haces caso tú... y quieres que exprese mi opinión! ¿Qué obtengo con darles á ustedes un consejo, una indicación?

Gabriela.—Quieres echar sobre mí la culpa del desórden que reina en ésta casa y ya te he dicho que sólo tú es quien tiene la culpa de todo. Tú solo!

Fernando.—Está bien. No armemos una disputa acerca del particular porque sabes que es inútil. ¿Qué quieres de mí? ¿Que acepte el novio de Isolina? Queda aceptado. Ya está.

Gabriela.—Sí, así es como lo resuelves todo.

Fernando.—Pero tras de todo ésto, no me has dicho si es cosa seria. ¿Son novios ya?

Gabriela.—Yo tampoco lo sé, es un decir nada más.....

Fernando.—(Leyendo sus cartas). Y en esos noviazgos es en lo que pierden el tiempo y.... (Por lo que acaba de leer). Toma! Ignacio Plaza se me queja aquí de la conducta de Gustavo y dice que lo han dejado cesante por abandono de destino...! ¿Eh? Ah! Ya sabes que son cada vez mejores las que nuestro hijito me hace...! Y aún lo disculpas.....

Gabriela.—Quien sabe lo que haya pasado.....

Fernando.—Aún le disculpas y defiendes cuando yo te digo que Gustavo está perdido, que no viene á dormir á su casa una sola noche, que no trabaja... Vamos! ¿Qué me contestas ahora? ¿Tú crees que es razonable este abandono de un destino que es el tercero que obtengo para él á fuerza de recomendaciones é influencias?

Gabriela.—Pero para sentenciar un pleito.....

Fernando.—Qué pueden haberle hecho á Gustavo, Gabriela, cuando yo veo que Gustavo se levanta todos los días de diez á doce del día... ¿Cuándo va ese muchacho á la Oficina?

Gabriela.—Pues él salía regularmente.

Fernando.—Regularmente! Al café! Ahí ahí es donde él asiste regularmente....

Gabriela.—Bah! Siempre estás profetizando cosas terribles!

Fernando.—¿Tú crees que Gustavo va á pasarse toda su vida sin trabajar?

Gabriela.—Bien, no digo que no, pero....

Fernando.—Nada, Gabriela. Gustavo lleva malos, muy malos papeles...! Ah! Quiera el cielo que yo me equivoque! (Por la carta). Esto que me ha hecho es horrible, horrible! ¿Cómo me excuso yo con Ignacio de haberle impuesto un nombramiento á favor de un hombre que así lo deja después en la opinión de sus compañeros...,

Gabriela.—Pues llamarlo á un lado! Lo llamas á capítulo y le haces ver que no debe hacer eso... algo, en fin, que no sea lamentarse á secas de las diabluras del muchacho. Como si fueran delitos el abandono de un mal destino y el venir tarde á casa!

Fernando.—Ah! Quiera Dios que algún día no te arrepeientas de haber tenido tan amplio criterio para las faltas de tu hijo! Quiera el cielo que Gustavo cambie!

Gabriela.—Y cambiará! Como han cambiado todos!

Fernando.—No, Gabriela. Una cosa es el atolondramiento de la juventud, las orgías, los errores de la edad temprana y otra la disipación en que vive Gustavo constantementte. Gustavo no ha estudiado nunca; es abogado á fuerza de influencias; apesar de sus veinticinco años no ha cambiado ni un detalle en su sistema de vida; no entiende de nada: no habla de algo sin lanzar las barbaridades más inconcebibles.....

Gabriela.—Tal parece que tratas de exagerar sus faltas!

Fernando.—(Resuelto). Entonces no añadiré una palabra. Algún día volveremos á hablar sobre éste asunto. Y supongo que no dirás de éste caso que quiero lavarme también las manos....

Gabriela.—Bah! Decididamente cuando te levantas de malhumor no se te puede aguantar....! (Suena el teléfono de mesa).

Fernando.—(Recibiendo el telefonema). ¿Qué hay? Sí, sí... soy yo... ¿Qué hay? (Al cabo de un rato, muy asombrado). Eh! Eh! ¿Qué modo de hablar es ese, Gustavo....? No... no sé! Qué ropa! Que no sé una palabra! Eh!, calla, mal hablado! Oh!

Gabriela.—Ah! El recado de Isolina...! Pregúntale qué quiere!

Fernando.—Pero habla más despacio, muchacho! No te entiendo! (Tirando la bocina). Uf! Qué barbaridad! Vaya un modo de hablarle á un padre, santo Dios! Esto es el colmo...! (El timbre suena desaforadamente).

Gabriela.—Pero pregúntale qué quiere! Isolina me dijo que deseaba se le enviase ropa... no me acuerdo... Pregúntale!

Fernando.—(Volviendo á tomar la bocina). Eh! Eh! Oigo! Oigo! Que ya estoy oyendo! Sí! Sí! ¿A la barbería? Bueno! Sí! Que si te digo! ¿Qué cosa? Pero qué dinero me hablas! Isolina? (A Gabriela). ¿Dónde está Isolina,

Gabriela.—Salió. ¿Qué quieres?

Fernando.—(Al teléfono). No está aquí! Salió! Uf! Qué lengua! ¿Y para qué ese dinero? Jesús! Al diablo digo yo también!

Gabriela.—¿Pero qué es lo que quiere?

Fernando.—Que le mandes una muda de ropa á la barbería del "Ñato"..... y que si Isolina le pidió á Joaquín una cosa, ó el dinero... ó yo no sé! Cada dos palabras me lanza un terno como si yo fuera un carretero..... Mándale la ropa y que venga si quiere que le entiendan mejor.....

Gabriela.—Ahora?

Fernando.—Sí, ahora mismo, dice que está esperando hace una hora. (Sigue en sus cartas).

Gabriela.—Voy á enviársela al momento..... (Vase).

Fernando.—Vaya un modo de hablar á su padre! Córcholis con el muchacho...! (Suena nuevamente el teléfono). Llama todo lo que quieras...! (Sigue el timbreo). Vaya! Que ya esto es un abuso...! (Toma el receptor). Qué hay! Sí, sí, soy yo....! Oye! Te advierto...! Oye. Te advierto que como no hables claro descuelgo la bocina y te cansarás de llamarme...! Que hables claro! Bien. Bien... ¿Qué dinero? Isolina ha salido. Yo no sé nada, no he visto á Joaquín. Pero ¿qué dinero es ese? ¿Y quién es Joaquín para darle á Isolina ni á tí esa cantidad? Pues hizo bien. Que hizo bien! Que yo no lo hubiera autorizado! Yo no sé, no sé, me importa poco... haz lo que quieras... bueno, mejor! Eh! Cállate! Pero ¿te has vuelto loco, Gustavo? ¿Y para qué ese dinero..., Le estás hablando á tu padre, deslenguado! Pues yo no puedo dártelos. Yo no sé, no sé, me aburres ya. vamos..... Que no sé nada, que vengas aquí si quieres explicarte mejor! Qué? Te he dicho que hicieras la que te pareciera me-

jor! Bueno, perfectamente, me arrepentiré algún día..... (Dejando la bocina). Ah! (Consigo). En cambio tú no pareces arrepentirte nunca de tu vida estúpida! Qué barbaridad! Pues no está la Magdalena para tafetanes! Los valores bajando escandalosamente y... Digo! Doscientos centenes! ¿Qué te creerás tú que son doscientos centenes! Ah! Muy mal, muy mal camino llevas.....

Gabriela.—¿Qué rezas ahí entre dientes? (Llega y se sienta).

Fernando.—He! ¿No sabes cuánto me acaba de pedir Gustavo? Pues la friolera de doscientos centenes..... y para ahora mismo!

Gabriela.—Pero ¿qué le ocurre?

Fernando.—Cualquier cosa! Quien sabe para qué quiere él ese dinero?

Gabriela.—Le preguntaste si estaba malo?

Fernando.—Pero qué va á estar malo, mujer, si te manda á buscar ropa limpia y está en una barbería? ¿Es que todavía no conoces quien es Gustavo?

ESCENA XIV.

DICHOS. — TEOFILO que entra calladamnete y vá á apoyarse en el regazo de su madre.

Gabriela.—¿Qué hay, mi hijo, ¿Tomaste tu chocolate?

Teófilo.—Sí... ya lo tomé... (Fernando contempla á su hijo con gesto de profunda tristeza).

Gabriela.—¿Estaba muy sabroso? ¿Te gustó?

Teófilo.—Uf! Estaba "mu" caliente!

Fernando.—Pobre hijo mío!

Teófilo.—Y Mayía me lo "sapaba" así (Sopla)

Fff! Fff! Mira, mi madre.....! Hacía unas "redondelitas" así..... y después, y después otra vez otra "redondelita"..... (La madre lo besa).

Fernando.—Qué tristeza siento en el alma, Gabriela! Pobre hijo mío! No sé por qué me figuro que este es un castigo del cielo.....!

Gabriela.—(Tratando de disimular). Calla. Fernando, por Dios, que puede darse cuenta.....

Fernando.—Quisiera olvidar... quisiera hacer callar á la Ciencia que me arroja á la cara mi delito.....

Gabriela.—¿Por qué? ¿Crees acaso en la fábula de herencia?

Fernando.—La fábula! Ah! Sí, no sé por qué te agradezco que me digas esa piadosa mentira.....! Bien sé yo que es solo culpa mía la existencia desgraciada de éste pobrecito sér.....!

Teófilo.—¿Papá está "bravo", mamá?

Gabriela.—No, hijito, nó...! Por qué había de estarlo?

Fernando.—¿Qué será de éste infeliz el día que nosotros muramos? ¿No valiera mejor que Dios lo llamase con él?

Gabriela.—Por Dios, Fernando, no hables así!

Fernando.—Ah, ya sé! Tu egoismo de madre! Pero siempre habrá que pensar por encima de ese egoismo en la verdad desnuda. ¿Tendrá quien le atienda, quien le mime y le cuide? ¿Tendrá siquiera el libre disfrute de la poca cosa que yo pudiera dejarle? Sabes que no soy muy dado á reflexiones de esta naturaleza, que siempre mis negocios han callado en mi interior los gritos de mi conciencia... pero: estoy ya tan cansado! Me

aterra la pequeña participación que en la desgracio de la humanidad tengo quizás involuntariamente!

Gabriela.—Pero ¿por qué piensas todas esas cosas? ¿Qué culpa tienes tú que haya enfermedades en el mundo?

Fernando.—Bien, no sé, es un remordimiento sordo que á veces se levanta amenazador dentro de mí.....

Gabriela.—(A su hijo, cariñosamente). No, Teófilo, no me empujes así que me lastimas..... (Teófilo trata de hacerla mecer en el sillón).

Teófilo.—Anda, más duro... más duro....

Gabriela.—No más, Teófilo. Estate quieto...

Teófilo.—(Cambiando de repente). "Po" me voy.....! Corre hacia el fondo). Mayía! Mayía! (Vase).

Fernando.—(Suspirando hondamente). Ah! Hace diez años no pensaba yo en estas tristezas.... yo no sé si es que ya me siento viejo, pero ahora me asaltan demasiado frecuentemente todas las cavilaciones que olvidé hacer en mi tiempo... Hasta he vuelto á creer! Si hace diez años me hubieran dicho que tenía que dar cuenta de mis actos á alguien, hubiérame reído probablemente..... Hoy ya no me río.

Gabriela.—¿De qué tienes que acusarte? ¿De haber sido un poco loco en tu juventud? Y ¿quién no lo ha sido?

Fernando.—Sí, pardiez, tienes mucha razón, pero.....! Vaya, perdóname que haya hablado de todas estas tonterías..... (Una pausa). ¿Enviaste la ropa á Gustavo?

Gabriela.—Sí... ya hace un rato.

Fernando.—Mira á ver lo que hace Teófilo...

Creo que llora. (A alguien que entra). Ah!
Buenos días, doctor...!

Fernando.—¿Quién es?

Gabriela.—Don Hermenegildo.....

ESCENA XV.

D. FERNANDO—D. HERMENEGILDO

Fernando.—Bienvenido!

D. Hermenegildo.—(Saludando á Gabriela). Buenos días, señora.....

Gabriela.—Con su permiso, doctor... (Vase).

D. Hermenegildo.—(Acercándose á Fernando). Y como marchan esas dolencias! Eh! Sí, sí..... (Busca en varias direcciones).

Fernando.—Psch! Como siempre. Anoche me dolieron los riñones de un modo feroz, chico, de un modo feroz.....

D. Hermenegildo.—(Siempre buscando con la vista). Sí... sí... y... y Gustavo. ¿Eh? Está... está bien?

Fernando.—¿Gustavo? Oh! Como siempre..... tiene una salud de hierro.....

D. Hermenegildo.—Pues sí... sí... Yo creí encontrarlo aquí.....

Fernando.—(Un tanto asombrado). Tú buscando á Gustavo! ¿Qué pasa? (Por un momento, ambos se miran extrañamente). ¿Qué le pasa á Gustavo, amigo mío...?

D. Hermenegildo.—(Un tanto molesto). Oh! Sí... sí... es que.....

Fernando.—Me pones en cuidado, Hermenegildo.... no sé por qué me parece leer en tu rostro algo desagradable.....

D. Hermenegildo.—Oh! Realmente creí encontrarte prevenido... Me desagrada decirte así, de repente.....

Fernando.—(Levantándose exaltado). Oh! Gildo! Habla! Por Dios! Dí qué sucede...!

D. Hermenegildo.—Amigo mío.... no.... no te exaltes! Te digo que no es nada...!

Fernando.—Habla! Dilo de una vez! Soy un hombre, pardiez! Habla!

ESCENA XVI.

DICHOS.—UN AMIGO.—Da. GABRIELA

Un amigo.—(Entrando, con el sombrero en la mano, y hablando atropelladamente). Buenos días... buenos días....

D. Hermenegildo.—Buenos días.....

Amigo.—(Tomando á D. Hermenegildo por Fernando). Es usted... es usted don Fernando Gonzálvez... Bien... es el caso que soy amigo de Gustavo... de su hijo Gustavo.... y quisiera prevenirle que la policía lo busca... que ahí abajo está el Sargento Ruisalbo.....!

Fernando.—(Fuera de sí). La policía buscando á mi hijo!

D. Hermenegildo.—Fernado.....!

Amigo.—Oh! Pero no saben nada.....!

Fernando.—Hable usted, por favor.....!

Amigo.—Oh! He venido á prevenirle.....!

Fernando.—Pero ¿qué le pasa! Ha robado! Ha matado!

Amigo.—Sí.... ha matado de un tiro á Panchichito Zárraga!

Gabriela.—(Que ha oído al entrar). Gustavo!

Amigo.—Justo! Creí que trataban de ocultarlo... Oh! Soy amigo! Yo estaba con él... Oh! Una desgracia! Un sólo tiro disparó... Un solo! Ninguno esperaba lo que ocurrió.....

Gabriela.—(Sollozando). Hijo de mis entrañas....! (Se oyen unas voces que disputan, cerca del fondo).

D. Hermenegildo.—Calma, señora, por Dios...! Aguardemos!

La voz de Gustavo.—(A grito herido). Que no suban, Joaquín! Diga usted que no estoy! Diga usted que no he venido!

Gabriela.—Hijo mío!

ESCENA XVII.

DICHOS.—GUSTAVO.—Criados.

Gustavo.—(Desasiéndose de sus padres, que corren á él á abrazarlo). Déjenme...! Déjenme....!

Fernando.—¿Qué has hecho, hijo mio...!

Gabriela.—Gustavo!

Gustavo.—(Bruscamente, todo descompuesto y casi á medio vestir, el bigote afeitado y la corbata sin hacer). Déjense de besuqueos y de lagrimitas...! Rayos...! (Golpea furiosamente). Ahora lo que hace falta es dinero!!

Gabriela.—(Sollozando, colgada á un brazo de su hijo). Hijo mío!

Gustavo.—(Golpeando la mesa y gritando casi, con tono descompuesto). Dinero...!! Dinero...!!

TELON

⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜

SEGUNDO ACTO

PABELLON de campo en la finca de los Gonzalvez.—Dos ventanas abiertas al fondo. — Entre ambas, un armario de libros, abierto y desordenado.—Delante del armario una mesa con libros, bultos y otros objetos —Una puerta á la derecha que dá á una habitación y otra á la izquierda que dá al campo.—En la pieza se ven algunos muebles en desórden tal que demuestran no haberse aun terminado la instalación de ellos.—Un baul entre dos sillas y sobre éste dos maletas de viaje.—Al través de las ventanas del fondo, se ve el verde follaje del campo bañado de hermoso sol tropical.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUIN.—DOS MOZOS.—ISABEL.

Joaquín.—(A los mozos, ayudándoles á liberar la entrada del baúl y los muebles que la obstruyen). Miren... háganme el favor de ayudarme aquí... dejen eso ahora. (Los mozos van á ayudarlo).

Mozo.—Y que el sol pica de duro! La pobrecita niña debe tener un calor de mil demonios...!

Joaquín.—Cargue por allí... así... Por aquí... por aquí. (Coloca el baúl en otro punto). Muchas gracias. Ahora háganme el favor de ayudarme á....

Mozo.—Con mucho gusto... (Vanse los tres

hacia afuera y vuelven al momento cargando una camilla donde viene Isabel).

Joaquín.—Pónganla aquí, mientras arreglo el cuarto... muchas gracias, amigos míos... muchas gracias..... (Los mozos contemplan la enferma con aire de tristeza). ¿Te molestó mucho el sol, mi hija...? Oh! Nos encontramos la puerta obstruída por los muebles.....

Isabel.—(Muy débilmente) ¿Isolina, ¿Dónde está Isolina?

Joaquín.—Ahora viene... ¿No me quieres á mí, mi hija?

Isabel.—Sí.... sí. Echame un poco de fresco... me ahogo!

Joaquín.—Sí, hijita... (Busca un abanico. Los mozos buscan también. Al fin halla un pedazo de cartón). Vamos... ¿Así?

Isabel.—(Muy débilmente). Sí.... (Los mozos se retiran cortados, volviendo el rostro á cada paso).

Joaquín.—¿Te gustó el campo, Belica?

Isabel.—Si.....

Joaquín.—Y esto ¿te gusta? Mira que sol más espléndido! Mira qué lindo follaje...! Ah! Como vas á jugar aquí en el campo! Ya verás, bandolera, como voy á tener que regañarte todos los días sin faltar uno! Belica, á estudiar! Belica no más sol! Ah! Y te vas á poner tostada como un lomo de lechón de Noche Buena...! Eh?

Isabel.—(Hablando poco á poco). Me pondré buena pronto, mi padre?

Joaquín.—Enseguida! Ya verás en cuanto respires este aire puro y tomes obediente tus medicinas, como te restableces en... en ménos de una semana... ya verás.

Isabel.—Pero.....

Joaquín.—¿Qué?

Isabel.—Yo quisiera irme... irme de aquí, de esta casa.... ¿Están ellos muy lejos, papá?

Joaquín.—¿Quienes son "ellos"? ¿Don Fernando y Da. Gabriela?

Isabel.—Sí, y todos. Isolina no más quiero que venga.

Joaquín.—Sí, están lejos... para nada tendrán que acercarse aquí... ¿por qué quieres irte.....?

Isabel.—Ah, mi padre! No sé, no sé. No me gusta esa gente... no.

Joaquín.—A mí me gustan ménos... (Pausa).

Isabel.—(Contemplando el campo). Qué mañana más linda! Mira! Qué bandada de gorriones!

Joaquín.—Ah! Aquí si son libres, aquí no tienen hambre! ¿Te acuerdas cuando tú les dejabas pedacitos de pan en la azotea y te ocultabas para verlos llevarse el pan?

Isabel.—Sí. Siempre me acuerdo de aquel que Gustavo mató! ¿Te acuerdas tú? Pobrecito! Aún lo veo retorcerse en la agonía, con sus plumas manchadas de sangre...! Oh!

Joaquín.—No lo recuerdes, Isabel... (Tratando de distraerla) Mira! Ahí vuelven al mismo árbol! Qué alegres!

Isabel.—(Con acento de profunda tristeza). Están buenos!

Joaquín.—Están libres! No tienen problemas, ni fantasmas de dioses, ni leyes, ni asesinos, ni grandes ni "ilustres"! Nada! Míralos volar nuevamente! Y cumplen noblemente su misión sobre la tierra! Y la cumplen sin complicaciones, piando y retozando al amor

del amor y de la lucha por la vida! Qué lindos, Belica!

Isabel.—Quien fuera uno de ellos!

Joaquín.—¿Verdad? ¿No te gustaría vivir así, libre... libre de todo, hasta de la libertad misma y su série de errores.....

Isabel.—(Abismada en la contemplación del campo). Qué vèrdor! Quién pudiera correr por entre esas brillantes hojas, saludable y fuerte....! Mira! Otra vez los gorriones! (Pausa). Oye, mi padre.....!

Joaquín.—Qué?

Isabel.—¿Trajiste mi pajarito?

Joaquín.—Sí.... ahí fuera está en su jaula... quizás si envidiando la suerte de sus hermanos...

Isabel.—Eso...! Eso quiero..... darle la libertad!

Joaquín.—Oh!

Isabel.—Sí... anda...! Que sea libre y feliz!

Joaquín.—¿Quieres? Le abro la jaula? (Una pausa).

Isabel.—(Vacilando). Oh! Lo quiero tanto...! Pobrecito, papá! Hace ya tiempo que no lo atiendo... Pero.....

Joaquín.—(Ya de pié). ¿No quieres entonces darle libertad...,

Isabel.—Sí... pero lo quiero mucho...! ¿Como no voy á quererlo si lo cuido y alimento desde chiquitico...? ¿No te acuerdas...? (Joaquín viene á sentarse). Bueno... sí... Abrele la jaula...! (Tristemente). Qué sea libre! Anda! (Joaquín desaparece un momento).

Joaquín.—(Desde fuera). Ya tiene la puerta abierta...!

Isabel.—¿No se vá...?

Joaquín.—(Lo mismo). No... Aguarda! Ahora parece haberse dado cuenta.....

Isabel.—(Tratando de incorporarse). Un beso! Yo quiero darle un beso antes de dejarlo de ver para siempre... Tráemelo! Que yo lo bese antes de perderlo...! (Joaquín no contesta). Mi padre...! (Silencio). Papá! ¿Se fué? ¿Se fué ya...? (Joaquín entra silencioso y sonríe). ¿Se fué...? Dí! Se fué?

Joaquín.—Ya es libre.....

Isabel.—Oh! Y no lo besé...! (Débilmente). Y no lo estreché contra mi corazón.....! (Pausa).

Joaquín.—¿Te arrepientes...?

Isabel.—Nó, papá...! Siento la satisfacción de haber hecho bien. Adiós, cuquito mío...! Sé feliz...! Tu pobre amiga no puede siquiera verte desaparecer entre las ramas, pero no importa... Adiós... (Pausa). ¿Como se fué, papá,

Joaquín.—Dignamente, tranquilamente; como si su largo cautiverio no hubiera durado más que un deseo de su frágil cuerpecito! Bajó de un travesaño y se posó en la puerta... Después abrió las alas.....

Isabel.—Y voló... voló... para no volver! (Joaquín se inclina y besa á su hija en la frente).

Joaquín.—(Aguarda un momento, Belica..... voy á arreglarte tu cuartito..... (Vase). (Isabel vuelve á tenderse boca arriba, soñadora).

ESCENA II.

ISABEL,—ISOLINA.

Isolina.—(Entrando y curioseándolo todo). Ho-

la! ¿Cómo te sientes? ¿Sabes que está muy lindo todo ésto?

Isabel.—No sé, Isolina... muy débil, muy débil.....

Isolina.—(Sentándose cerca de ella). Te hallo más sonrosada... pero... ¿has llorado?

Isabel.—No... no... no fué nada...

Isolina.—Qué te pasa? Habla! ¿No soy tu amiga de confianza....?

Isabel.—Ah! Tantas cosas, Isolina...! Pienso que yo estaría buena ahora... yendo de un lado para otro, paseando por entre el verde follaje.....

Isolina.—Pero sé paciente! ¿Quién te dice que has de pasarte toda la temporada ahí tendida...? Vamos!

Isabel.—No sé... no sé... No tengo en la cabeza más que ideas negras... Pienso que voy á morir, que vá á sucederme algo muy grave.....

Isolina.—Isabel, por Dios.....!

Isabel.—Oh! Tú no sabes, no, el estado de mi espíritu... Ah!, mi pobre padre!

Isolina.—¿Dónde está...?

Isabel.—Ahora viene. El siempre me trata como una niña, como una chiquilla.....

Isabel.—Toma! Y qué tu eres...?

Isabel.—Sí... pero ya no, ya no... Oh! No puedo, no puedo! Soy muy desgraciada, Isolina....!

Isolina.—Tú...!

Isabel.—Soy muy mala... sí... muy mala ó muy desgraciada, no sabría decirlo.....

Isolina.—Pero ¿qué te sucede, ¿Qué estás enferma? Ya sanarás! Aquí en el campo dentro de una semana te pones buena.... ¿Por qué te atormentas.....?

Isabel.—Ah! Si no fuera más que eso.....!

Isolina.—Pues ¿qué hay más....?

Isabel.—(Sollozando). Oh! No... no... no puedo.....

Isolina.—(Interesada). Vamos! Me parece que ocultas algo muy dentro de tí... que sufres ¿nó? alguna pena... Ah! No creas que voy á creerte sin penas porque eres muy joven, casi una niña... Yo desde muy joven sufro horriblemente.... Nó, no creas que tomo en broma tus penas... Yo no quisiera que tú sufrieras nunca lo que yo á tu edad sufrí! Vamos! Sé fuerte y habla si quieres desahogarte... ¿No me crees tu amiga?

Isabel.—Qué buena eres, chica! Qué buena!

Isolina.—(Tomándole una mano). Dí... ¿No me crees tu mejor amiga?

Isabel.—Sí... lo eres... lo eres... apesar de ser mayor que yo y... y... rica.

Isolina.—Oh! No hables de eso! Para tí no soy ni rica ni pobre, no quisiera que me hablaras nunca de eso. Siento por tu padre una profunda amistad... y admiración, sí... admiración por su talento y extremada modestia... por sus grandes ideas llevadas con sencilles de apóstol dentro de su pobre condición social... A su amistad, á sus ideas generosas y nobles, debo yo una transformación en todo mi ser que tú no puedes comprender todavía... ¿Como no voy á quererte? ¿No eres una mujercita muy juiciosa, muy inteligente y discreta? Ah! Tu no conoces mis proyectos..., no!

Isabel.—(Muy débilmente). Gracias...!

Isolina.—Ah! Ya verás! Dentro de un mes ó

dos, me caso... ¿Eh, Pues bien... Vendrás á vivir conmigo.....!

Isabel.—Contigo!

Isolina.—Sí... no... no importa que tu padre se empeñe en separarte de nosotros.....

Isabel.—No es mi padre solo.....

Isolina.—Bueno, pues mi madre... importa ménos. La pobre tiene otras ideas que la hacen aparecer mala. Donde irás será á mi lado... ¿Eh? Y si yo viajo.....

Isabel.—Viajar......!

Isolina.—¿Por qué nó...? Tu padre tiene un ideal respecto á tí... yo quiero ayudarle. (Una pausa). Pero ¿lloras...? Oh! Isabel... tu tienes algo, indudablemente..... Oyeme... óyeme. ¿No te inspiro confianza?

Isabel.—(Muy nerviosa). Es que no puedo—¿oyes?—ni ser tu amiga, ni ir contigo á ningún punto... es que soy muy desgraciada... que estoy perdida... perdida sin remedio para siempre... que ya no seré más nunca... oh! oh!

Isolina.—(Vivamente emocionada). ¿Qué es lo que dices? ¿Qué es lo que quieres decir! Isabel! Isabel! (Joaquín se acerca).

Isabel.—(Ocultando sus lágrimas). Oh!, por favor! Cállate! Que mi padre no sepa nada...! Soy una desgraciada, sí, una desgraciada...! Que mi padre no sepa nada! Cállate.... Oh! (Deja caer la cabeza, extenuada). Háblame... háblame de otra cosa.....

ESCENA III.

DICHOS.—JOAQUIN.

Joaquín.—Andando! Ah! Buenos días, Isolina.....

Isolina.—Buenos días, amigo mío.....

Joaquín.—Entonces.... (Consulta su reloj). Sí... ya son las diez. La mañana hame pasado volando.... ¿Llegó la familia también....?

Isolina.—Todos..... preferí tomar el ómnibus con María y por eso he llegado más pronto. Uf! En el coche de la finca vienen Fernando, mamá, Teófilo, Don Hermenegildo..... y no sé si esperarán á Luciano.....

Joaquín.—¿Viene también.....?

Isolina.—Quedó en la Habana para arreglar el asunto ese de la presentación semanal de Gustavo en el Juzgado. Le he exigido que viniera también... Y ustedes ¿cómo llegaron? ¿Cómo viniste de la Estación, Bela...?

Joaquín.—Oh! Fué muy difícil! La pobrecita no pudo venir en el coche y la traje con un quitasol ahí mismo en la parihuela, me ayudaron dos amigos, sí.....

Isolina.—Cuánto trabajo...! Oh! Pero esa parihuela debe ser muy incómoda, Isabel...

Joaquín.—¿No quieres ir para tu camita, Bela?

Isabel.—(Débilmente). Bueno.....

Joaquín.—(Acercándose á ella). Tienes los ojos húmedos...! (Isabel, semi-insensible, vuelve el rostro). Y lloras....! Continúas llorando! Pero ¿qué te sucede? ¿Te sientes mal...?

Isabel.—No... no tengo nada... no es por nada... digo, sí... (Débilmente). Mi canario, papá.....

Joaquín.—Pobre hija mía... (La besa). Ah! ¿No sabe usted, Isolina? Es un almita muy grande! Le ha dado la libertad á su canario.... y ahora lo llora!

Isolina.—Toma! Pero no llores, tontuela...? (Isabel sonríe).

Joaquín.—Yo le digo que ahora, cuando se restablezca aquí, voy á necesitar de regañarla diariamente.....

Isolina.—Oh, no! Ella es toda una personita muy juiciosa!

Joaquín.—Veremos... veremos! Ha empezado por darle la libertad á su canario.....

Isolina.—Eso es un acto generoso.....

Joaquín.—Ahora que no se le ocurra abrirse ella la jaula... su propia jaula... ¿Eh? (Besándola). ¿No quieres ir para tu cama...? ¿Quieres...?

Isolina.—Vamos ¿puedes incorporarte...?

Isabel.—(Muy débil). No puedo... Isolina...

Joaquín.—No importa...! Te llevaré yo. . (La recoje para llevársela cargada). Como te he llevado... muchas veces... como te he llevado hasta ayer... aquí contra mi pecho... La lleva).

Isolina.—(Al volverse Joaquín, á Isabel). Un beso...! (La besa). (Consigo). Pobrecita....! (Vase Joaquín con su carga).

ESCENA IV.

ISOLINA.—sola,

Isolina.—(Suspirando). Pobre Belica...! (Se acerca por la mesa, donde recoje un libro. y después otro). Ah! Siempre el sufrimiento! (Toma otro libro). (Leyendo su título). "Memorias íntimas..." Ah! (Observa si Joaquín vendrá y lee con atención algunas páginas. Cree oir pasos y cierra el libro, volviéndolo á abrir al convencerse que no viene nadie). (Por unos momentos,

lee con interés creciente. Después lo cierra y reflexiona con el codo apoyado sobre la mesa). Ah! Pobre de mí...! Sí... todos tienen razón! Oh! Hasta tú también! (Por el libro).

ESCENA V.

ISOLINA.—JOAQUIN que entra silenciosamente abstraido en sus reflecciones.

Isolina.—(Hablando poco á poco). Pobrecita Isabel, dá pena verla! Ella flue siempre fué tan vida y alegre.....

Joaquín.—(Con acento de profunda tristeza). Oh!, horrible, horrible! Y pensar que ese cuerpo exangüe, casi yerto... es Bela, mi hija Bela!

Isolina.—(Vivamente interesada). Pero no se atormente, Joaquín! Acaso es un mal muy grave...? ¿No ha dicho su médico que es escarlatina...?

Joaquín.—No sé, no sé. Delante de ella, me domino y sonrío... llego hasta á bromear con ella... pero no puedo, no puedo más! La veo acabarse, extinguirse poco á poco impotente para detener los avances de la fiebre y la postración general..... Me parece que he de hallarla muerta cada vez que vuelvo el rostro...!

Isolina.—Joaquín, por Dios...! Ese pesimismo es ilógico...! Aún ella se siente fuerte...! Recuerde mi hermano Teófilo hasta el grado de debilidad que llegó... y está sano y salvo...! ¿A qué desesperar? Vamos, Joaquín, se lo ruego. Deseche esas negras ideas y confíe en la naturaleza de su hija, que es muy joven aún... He oído decir que á esa edad no hay nada grave...

¿No es verdad que aún esa es la opinión de los médicos...?

Joaquín.—Sí... sí... Oh! Si supiera usted cuanto le agradezco su interés por mi hija! Me abruma la idea de que nunca, nunca absolutamente podré pagarle á usted todo el bien que he recibido y recibo de usted...!

Isolina.—¿Por qué? Usted me ha enseñado á practicar la verdadera generosidad. He aprendido de sus filosofías que el pago de los favores que hacemos no debemos buscarlo sino en nosotros mismos, en los latidos de nuestro corazón... He descubierto al fin dentro de mí, ese regocijo de que habla usted cuando se ejecuta una acción levantada... Si se hablara de pagar, tendría que comenzar yo por lo que esta gran enseñanza vale.....

Joaquín.—No, no es cierto. Mis teorías—como teorías al fin—solo fructifican en terreno abonado. Creo firmemente en la utilidad de la filosofía recetada en forma de máximas. Son tan frágiles todas las cosas humanas y tan enormemente relativas!

Isolina.—Si es así... me cree usted de buena condición.....

Joaquín.—Siempre. Jamás he dudado de su bondad natural.....

Isolina.—No es verdad, Joaquín.....

Joaquín.—Oh!

Isolina.—(Con acento amargo). No es verdad, Joaquín....! Usted me ha despreciado!

Joaquín.—Isolina.....

Isolina.—Lo sé... Acabo de saberlo.....

Joaquín.—Y como.....

Isolina.—(Hablando muy quedamente, con cierta tristeza, sin levantar la vista del suelo). Me amó usted. Sintió usted á sus

veinte y dos años, un violento amor por la hija de su protector... por mí.....

Joaquín.—Oh! Pero ésto.....

Isolina.—(En el mismo tono). Es decir... por la hija nó, porque usted también sabe que yo no soy hija de DonFernando Gonzálvez... Me amó usted con un amor de novela... romántico y triste...! Después conoció mis errores... yo tenía amantes, era una mujer cualquiera... casi una mujerzuela!

Joaquín.—Oh!

Isolina.—Usted lo ha dicho, amigo mío!

Joaquín.—¿Dónde!...!

Isolina.—(Señalando el libro). Ahí.....

Joaquín.—(Violento). Isolina! Que es esto!

Isolina.—Y todo su gran amor trocóse en desprecio.....

Joaquín.—Oh!

Isolina.—Así, al ménos, lo creyó usted cuando lo escribió.....

Joaquín.—Basta, Isolina! Ya que ha asaltado mis secretos, ha perdido el derecho de echarme en cara lo que haya pensado de usted!

Isolina.—(Dulcemente, tranquilamente). No lo tome usted á mal, Joaquín. Vea usted que yo no me ofendo. No me he sorprendido porque yo lo sabía: me dí perfectamente cuenta de su romántica pasión y sólo yo fuí culpable de ello... más tarde se me olvidó el capricho y me fijé en otro... también pues, fué culpa mía que usted pensase mal de mí.....

Joaquín.—Y bien, Isolina.....

Isolina.—Y bien, amigo mío, que anhelaba una

oportunidad de revolver aquello, deseaba una explicación... y la tengo.....

Joaquín.—¿Qué puedo decirle?

Isolina.—Nada, pero en cambio yo tengo mucho que decir á usted. Estoy aburrida de la estúpida vida que he llevado y ahora es cuando me asusta mi pasado. Sé que usted no me ama ya y podemos por lo tanto ser buenos amigos... ¿Quiere usted atenderme?

Joaquín.—Sí... tiene usted razón, seamos buenos amigos. Necesito de una amistad sincera y fuerte... y nadie como usted, Isolina, con su claro talento y su fría percepción de la vida puede llenar esa necesidad de mi espíritu.....

Isolina.—Y ¿es ahora cuando se dá usted cuenta de nuestra estrecha amistad? Ah! El mundo nos considera amantes, amigo mío! Y nadie sabe hasta qué punto me irrita esa estúpida especie.

Joaquín.—¡Imbéciles.....!

Isolina.—Ah! (Con acento de languidez). Y sin embargo, Joaquín, yo me empeño en no creerme mala... allá en el fondo de mi alma, he sentido siempre activa inclinación hacia todo lo grande, hacia todo lo noble. ¿Tengo yo culpa de que esa inclinación haya sido siempre burlada ó reprimida..., Yo recuerdo mi infancia, y me veo una niña nerviosa, viva, inteligente... recuerdo que todo me era fácilmente comprensible y que á mis once años lo sabía todo... lo bueno y lo malo... Era estudiosa, sin embargo, y aún recuerdo mis triunfos de Colegio..... Después ¿tuve yo culpa de encontrar en mi casa un hogar deshecho apesar de su correcta apariencia.....?

Joaquín.—¿Quiere usted seguir leyendo mis Memorias...? Habrá de hallar usted esas mismas razones...! Si á los veinte años la acusaba á usted de coqueta... ya hace tiempo también que la he justificado.....

Isolina.—Usted asistió al proceso de mi presentación en sociedad! Fuí llevada á bailes, presentada y bailada por multitud de hombres que me decían siempre lo mismo, que era adorable, que me deseaban... que harían conmigo tal ó cual cosa... Y muchos de ellos eran hombres serios... amigos de mi padre y padres de chiquillas de mi edad... Quizás si mi peligroso afán de analizarlo todo fué el principal agente de mi caída... pero después de examinar bien aquella sociedad en que acababa de entrar yo no encontré aplicación que dar á la virtud y la moral tan predicadas por donde quiera..... Los hombres, con la mayor naturalidad deseaban para sí que las mujeres de todos los maridos fuesen infieles y las hijas de todos los padres fuesen fáciles... ¿Qué importa que cada cual quisiese de lo suyo todo lo contrario? En resumen hallé siempre un egoismo estúpido y una corrupción de lo que debía ser siempre respetado: el Amor!

Joaquín.—Ah!, amiga mía! ¿Por qué analizó usted? A la mujer, la sociedad actual le prohibe el análisis, el talento y la razón. Ser virtuosa: esa es la cuestión.....

Isolina.—Y ¿quién nos exije que seamos virtuosas? ¿Los hombres?

Joaquín.—Los novios y los esposos...

Isolina.—Pues bien, amigo mío: diga usted á los novios y los esposos que después de ob-

tener para sí una mujer virtuosa, no vayan á ponerle cerco á la virtud de la esposa ó la novia del vecino... ¿Lo harían?

Joaquín.—No... pero usted analiza y la mujer que analiza no es virtuosa, es una mujer moderna... peligrosa.....

Isolina.—(Estrechando las manos de Joaquín). Gracias, Joaquín... gracias. No me he engañado.....

Joaquín.—(Efusivamente). Amiga mía.....! Perdóneme que haya pensado mal de usted un día.....!

Isolina.—Bien, descendamos á lo pequeño si usted gusta...... y perdóneme usted á mi la indiscreción de leer su libro de Memorias.....

Joaquín.—¿En paz?

Isolina.—En paz. .Deseemos juntamente que Isabel vuelva á su normal alegre y saludable... y demos frente al porvenir sonriendo siempre.....

Joaquín.—Gracias...! Ah! Si así fuera! Hace algún tiempo mi ciega confianza en el futuro ha temblado... Pero, no quiero molestar á usted con mis lamentos, Isolina... Le agradezco su simpática amistad.....

Isolina.—Oh! Y ¿cree usted á Isolina enferma gravemente...,

Joaquín.—(Inclinando la cabeza). Sí.....

Isolina.—Oh! Joaquín... ¿por qué? ¿Qué tiene Isabel? No, no... Positivamente está más preocupado que ella enferma. En los trópicos, es sabido que el período de desarrollo en la mujer es peligroso siempre... la postración de Isabel, por otra parte es bastante profunda... pero ¿no es cosa corriente entre nosotras esa extrema debili-

dad? Isabel no ha sido nunca fuerte, Joaquín: recuérdelo bien.....

Joaquín.—Sí, lo sé. Pero de todos modos la encuentro mala, muy mala. Y además, no sólo eso me preocupa... Hace algún tiempo... hace algunos días... En fin! No sé por qué se me figura que Isabel tiene una pena, una afección moral muy honda.....

Isolina.—Oh! Usted también...?

Joaquín.—¿Qué como puedo pensar eso, verdad? Y sin embargo, no puedo desechar la idea...! (Evocando una visión). A veces la sorprendo extendida en su lecho, boca arriba, la mirada vaga, los brazos flácidos, caídos, el rostro demudado, denotando una angustia resignada y mortal...! Y de sus ojos fijos, agrandados, inmóviles, veo brotar silenciosas gruesas lágrimas..... Oh! Y sonríe... sonríe siempre dulcemente cuando así la sorprendo.....! La interrogo, le suplico que hable... Nada!

Isolina.—(Vivamente emocionada). Sí... Joaquín! Es cierto!

Joaquín.—Qué...?

Isolina.—Es cierto... Isabel oculta alguna aflicción; lo sé! Hace un momento, cuando usted llegó, ella comenzaba á hablar... me rogó que disimulase, que no diese á sospechar su turbación. Sí, es cierto, Joaquín: usted no se engaña.....

Joaquín.—(Sombrío). Es cierto... es cierto! Luego ella me oculta... me oculta una pena! Mas: ¿qué puede ella ocultarme? ¿Qué puede ella ocultarme, Isolina? No comprendo.....

Isolina.—Tampoco lo sé. Nunca creí que realmente sufriese ella una aflicción profun-

da... confiésole que imaginé sería una contrariedad cualquiera hiperbolizada por la fiebre, el motivo de sus sollozos, de sus frases reticentes y entrecortadas, pero... Oh, amigo mío! Yo sabré si efectivamente reviste gravedad lo que la aflije... Confíe usted en mí!

Joaquín.—Cree usted,

Isolina.—Tengo la convicción de obtener una confesión completa....

Joaqun.—Oh! Sí! Probemos.....

Isolina.—Me siento optimista...! Rebusco en mi imaginación una causa... un motivo á explicar esa pena, y nada hallo. ¿Qué puede ser? Y obstínome en creer entonces que nosotros, como ella, exageramos una gravedad de circunstancias que no existe más que en nuestra mente....| Veamos fríamente las cosas. ¿Quiere usted despojarse de su posición de padre por un momento...?

Joaquín.—(Sonriendo ligeramente). Acepto. Ya estoy....

Isolina.—Bien: veamos: Isabel está enferma... una invasión de escarlatina según su médico.....

Joaquín.—Sí, fué el diagnóstico que dió. La vió hace dos semanas próximamente y después sólo una vez ha vuelto.....

Isolina.—Bien. Supongamos que sea un caso delicado: eso no quiere decir que sea mortal—nada de eso—¿no es cierto? (Joaquín asiente). Bueno. Yo no entiendo de medicina ni de nada—soy una cotorra—pero á fuerza de leer, estudiar y analizarlo todo, me atrevo á decir que su postración general es simplemente una manifestación de su anemia. ¿Eh? Bueno. Tenemos por con-

clusión que Bela tiene una simple escarlatina.... Pues llamamos á Don Hermenegildo, hoy mismo, cuando pasen por aquí, y antes de dos semanas yo no sé por qué no habremos de tenerla en pié... ¿Estamos?

Joaquín.—Ah! Si fuera así!

Isolina.—¿Y por qué no? Queda lo segundo. Ella tiene una aflicción, una pena, un remordimiento imaginario... quien sabe! Y bien: ¿se puede ella negar á confiármelo? No, no es posible. Tiene demasiada confianza en mí para dejar de hacerme copartícipe de una idea que quizás si no reviste más gravedad que por eso mismo: por estar oculta...

Joaquín.—Oh! Lo resuelve usted todo tan bien! Ah! Es encantador su optimismo. Isolina; encantador....

Isolina.—Pero por ventura es necesario de todo punto que sea precisamente lo contrario..., Bien. Veo que no sé consolar y que soy una loca... pero siquiera sea por no desagradarme: ¿quiere usted dejar su pesimismo á un lado por tres días, solo por tres días?

Joaquín.—(Sonriente). Sea! Aceptado. Seré optimista por tres días, hasta que usted me avise.....

Isolina.—¿Se chancea usted?

Joaquín.—Exactamente.....

Isolina.—¿Y por qué toma usted á broma lo que tan formalmente le digo? ¿Es que á mí no se me puede tomar en serio nunca?

Joaquín.—Pero ¿no me pide usted que sea optimista? Bien, ya lo estoy... y por eso precisamente me chanceo......

Isolina.—Así... así... Es impropio de las al·

mas fuertes dejarse amilanar por el obstáculo.....

Joaquín.—(Reflexivo). Las almas fuertes! Sí... las almas fuertes... pero á mí se me antojan palabras.....

Isolina.—A usted he oído un símil sobre ello. ¿No dice usted que la vida es una senda interminable, de ignoto término, en la que unos caminan ciegos completamente, empujados de un lado para otro, asustadizos; otros cuidando sólo de saltar los charcos, otros con la vista siempre al cielo y otros, los ménos, observando el horizonte, estudiando el camino y guiando á los grupos inconscientes.....?

Joaquín.—Sí.... esas son las almas fuertes, los filósifos... Un bonito símil que no es mío probablemente, más ¿quién puede contrarrestar un empujón violento, incontenible, de esa gran masa inconsciente que á nuestro lado marcha á ciegas...? Oh! Ya he desechado los símiles, Isolina. Se me antoja la vida un ridículo enorme... estupendo, trájico!

Isolina.—Pero pensar de ese modo es atormentarse! ¿Será posible que no se dé usted placer alguno en el vivir?

Joaquín.—No, amiga mía... cargaría mi pobre papel con un más fuerte ridículo..... Yo trabajo y descanso, deseo y medito. Alguna vez que otra sufro un dolor ó un placer intenso.....

Isolina.—Sufrir un.....

Joaquín.—(Sonriente). Oh, sí! El placer es una sensación que por ser intensa desgasta tanto como el dolor. En pocas dosis estimula é inyecta conformidad con la vida...

con exageración embrutece y atrofia. En general, amo la tranquilidad sobre todo.

Isolina.—(Haciendo ademán de sostenerse la cabeza). Me aturdo... Me aturdo.....! Acostumbrada á oirle hablar así, á leer lo que usted llama ensayos literarios... sus ideas, en fin, he acabado por alambicar las mías de modo tal, que á veces me parece estar tocada de locura....

Joaquín.—(Sonriendo). ¿No seremos dos los tocados?

Isolina.—Siquiera usted sabe escapar á sus prolepsis sonriendo, pero yo me aturdo... Luciano me acusa de loca. Oh! Decididamente es muy desagradable no tener talento suficiente para.....

Joaquín.—(Interrumpiéndola y tomándole una mano). Para nada! No valen todos los laureles del más grande hombre, lo que la tranquila irracionalidad de esa bandada de gorriones..... (Señalando hacia afuera) Vea usted! Solo la vida así no es una bofonada letal.....! (Se oye el ruído lejano del rodar de un coche y el de unas campanillas).

Isolina.—(Apoyada en la ventana). Oh! Qué espléndido sol, amigo mío! Qué alarde más hermoso de prepotente vitalidad ofrece este pedazo de tierra americana.....

Joaquín.—La religión de la vida! La fecundidad y el amor. Y los hombres alambicando su civilización estúpida, cada vez más lejos de la Naturaleza.....!

Isolina.—Mire usted! Ya tenemos aquí á la gente... Allí vienen.

Joaquín.—¿Por aquí...?

Isolina.—Por aquí, mire usted...... (Joaquín

echa afuera el busto, rozando casí su cabeza con la de Isolina).

Joaquín.—No viene su prometido. ¿Verdad?

Isolina.—No, y creo que viene Gustavo. Ah! Que se prepare si rehusa venir á la finca. Oh! He de ser implacable, implacable. (Observa). No! No viene Gustavo. Se habrán quedado allá. (Volviéndose después, muy seria). Joaquín: ¿Cree usted que Luciano me ame verdaderamente?

Joaquín.—Qué quiere decir usted con su "verdaderamente"?

Isolina.—Quiero decir... vamos: si usted cree que efectivamente me quiere.....

Joaquín.—Pues sí, Isolina. Estoy tan sujeto á error como usted, pero tengo á Luciano por un hombre no vulgar, que habrá de saber hacerla á usted feliz.....

Isolina.—Joaquín... Usted es un amigo verdadero y no temo pedirle consejo en este caso. ¿Cree usted que debo confesarle mis errores, confesárselo todo? Yo le amo, Joaquín; le quiero con toda la sinceridad de que soy capaz... ¿Me aconseja usted que sea franca con él?

Joaquín.—(Vacilando). Bien... no sé, no puedo. Eso no debe hacerse sino contando con un espíritu fuerte y un hombre de profundas convicciones, de raro valor cívico, de otro modo es peligroso é inútil... Espere usted! Cásese y váyase de aquí. El tiene más medios de vida en la antigua Metrópoli que aquí, usted aquí no deja nada... ¿á qué exponerse neciamente? Y sobre todas estas razones, recuerde que casados ó nó, este medio ambiente impedirá siempre á ustedes dos gozar tranquilamente su felici-

dad.... He aquí todo lo que puedo decirle!

Isolina.—(Tomándole ambas manos). Gracias! Gracias! Me infunde usted ánimo. Un millón de gracias, Joaquín! Su amistad será lo único que pierda verdaderamente al dejar esta tierra!

Joaquín.—Oh!, Isolina.....

Isolina.—(Soltándole las manos, de repente). Mas... aguarde usted! (Corre hacia la puerta de salida). Vuelve al momento.....

Joaquín.—Dónde vá.... ¿Dónde vá...,

Isolina.—(En el umbral). Quiero atrapar á Don Hermenegildo antes de que vaya á la casa-vivienda. Vuelvo al momento.....

Joaquín.—Pero esperemos hasta luego.....!

Isolina.—Se pierde tiempo, amigo mío. Aguárdeme usted. El coche llega ahora precisamente á la encrucijada... Hasta ahora mismo.....! (Joaquín medita un rato. apoyado en el alféizar de la ventana; después pasea de un lado á otro).

Joaquín.—(Abatiendo los brazos y dejándose caer en una silla, cerca de la mesa). Y bien! Estoy desorientado... aturdido...! (Un rato de silencio).

ESCENA VI

JOAQUIN.— ISOLINA. — DON HERMENEGILDO.

Isolina.—(Entrando). Entre usted doctor. Es aquí.

D. Hermenegildo.—Muy buenos días, Joaquín. ¿Qué tal se vá?

Joaquín.—(Estrechándole una mano que le tiende). Buenos días, doctor. Mal, muy mal.....

D. Hermenegildo.—¿Conque es á Isabelita á quien tenemos mala... eh? Sí, sí... ya en la Capital creo que me habían dicho.....

Isolina.—Sí, doctor, hace más de dos semanas.....

D. Hermenegildo.—Pues ¿cómo no me habían hablado antes.....?

Joaquín.—Por no molestarle, doctor....

D. Hermenegildo.—No es molestia, Joaquín, no es molestia..... Sí, sí. Creo que Isolina... (A Isolina). ¿Fuiste tú, verdad?

Isolina.—Sí... yo le rogué que la viera sin la aquiescencia de usted (Por Joaquín) mientras usted estaba en el escritorio.....

D. Hermenegildo.—Sí... sí. Pero eso es asunto delicado entre profesionales y no me atreví, ¿eh? Por lo demás con mucho gusto, con mucho gusto... ¿La intervención del otro facultativo ha cesado ya, completamente....?

Joaquín.—Sí, doctor. Voy á atender un consejo de Isolina y suplico á usted se haga cargo de Isabel.....

D. Hermenegildo.—Perfectamente.....

Joaquín.—Más de una vez había pensado solicitar de usted me prestase sus valiosos servicios... créame que al presente me congratulo de entregar á mi hija en manos reputadas de sabias y felices.....

D. Hermenegildo.—Oh! Muchas gracias.....! Oh!, sí! Bien... y ¿qué diagnosticó su amigo... el doctor.....

Joaquín.—El doctor Fernández. Al principio me dijo que Isabel estaba atacada de escarlatina... después no confirmó su diagnóstico sino me dijo que iba á proceder á celebrar una Junta con algunos compañeros.

Hace pocos días vino con un amigo, el doctor Medrano.....

D. Hermenegildo.—Sí, sí... lo conozco. Un muchacho aprovechado.

Joaquín.—Bien.... pero no supieron... ó no quisieron decirme nada concretamente. Les supliqué, les rogué... y sólo obtuve de ellos las mismas palabras... no era posible diagnosticar definitivamente... podía ser escarlatina, podía ser una infección en la sangre... Oh! (Nervioso). En fin, doctor... quiero que usted la examine... y lo más pronto posible.....

D. Hermenegildo.—Con mucho gusto.....

Isolina.—Oh!, Joaquín...! Recuerde su promesa de no desesperar... Veo que se exalta.....

Joaquín.—Sólo le ruego, doctor... que me diga la verdad escuetamente. Soy un hombre— ¿comprende usted?—un hombre avezado al infortunio y la desgracia... Quiero saber lo que tiene Isabel...! Ayer estaba resuelto á consultar cualquier médico..... cualquiera con tal de que fuese franco, brutalmente franco... Ya que hoy encargo á usted de la curación de ella, le exijo... sí, le exijo que me hable con entera franqueza.....

D. Hermenegildo.—Pero ¿acaso la encuentra usted muy grave...,

Joaquín.—Sí, doctor, sea dicho de una vez! (Con acento profundamente turbado). Creo que mi hija está muy gravemente enferma....! Ahora ya vé usted: sé decir ésto — que es muy desgarrador, doctor, que es horrible...! Sé decirlo así, casi tranquila-

mente... Ahora le repito que quiero saberlo todo.....

Isolina.—(Acercándose á él, cariñosa). Joaquín). Joaquín... amigo mío....!

D. Hermenegildo.—Bien... bien. Es inútil desesperarse así. Veamos á la enfermita y después veremos... Ya verá usted como no hay la gravedad que usted cree... Sí... sí... ¿Dónde está ella...? ¿Está aquí...?

Isolina.—(Señalando la puerta de la izquierda). En ese cuarto, doctor.....

Joaquín.—(Débilmente). Aguarde Isolina... debo prevenirla... (Al doctor). Un momento, doctor... con su permiso, voy á prevenirla... (Vase, con paso inseguro). (Isolina le sigue hasta el umbral).

ESCENA VII.

ISOLINA. — DON HERMENEGILDO.

Isolina.—(Volviendo y sentándose). Oh! Qué horrible... qué horrible es esto, Lios mío!

D. Hermenegildo.—(Nervioso). Isolina.....!

Isolina.—(Sin preocuparse del llamamiento del doctor). Pero yo quiero que usted atienda ésto muy preferentemente, doctor.... Oh! Quiero que Isabel sane... sí...! Me rebelo ante la idea que la pobrecita Isabel... Oh! Acercándose al doctor) Prométame usted, doctor, que curará á Isabel...!

D. Hermenegildo.—Tratando de llevar la conversación á otro asunto). Bueno, sí, hijita, sí, haré todo lo que pueda... pero quiero decirte una cosa... ¿oyes,

Isolina.—Hable, hable usted.....!

D. Hermenegildo.—Oh! Es que me dá pena... sí, me dá pena... pero al fin, soy ó puedo ser casi un padre tuyo y... y...

Isolina.—(Molesta). ¿Qué quiere usted decir.....?

D. Hermenegildo.—(Escandalizado). Pero será posible, Isolina, que entretengas á ese pobre Luciano... con éste hombre....

Isolina.—(Violenta). Doctor.....!

D. Hermenegildo.—La cara se me llena de vergüenza, Isolina! Lo que tú haces es verdaderamente horrible, horrible!

Isolina.—Doctor....! Doctor....! (Mordiéndose los labios). Le suplico... ¿oye usted? le suplico que no continúe usted hablando una palabra sobre este asunto... Oh! Porque en fin, doctor, no puedo contestarle! El único medio que se me ocurre es... (Con gesto brusco). Iba á decirle una barbaridad...! Ni una palabra más, doctor... ni una palabra...! No quiero! (Como arrojando de sí una inmundicia). Oh! Qué Qué asco!

D. Hermenegildo.—(Escandalizado). Pero si te he visto...! Te hemos visto tu padre, tu madre y yo... te han visto los criados.....

Isolina.—(Iracunda, fuera de sí). Y qué han visto ustedes! Eh!

D. Hermenegildo.—Ahí, en esa ventana! El rostro de ese hombre rozando el tuyo...! Después entraste y le tomaste las dos manos...! Oh! Esto es desagradable, no es de mi incumbencia... pero me pesa en la conciencia como una bala de plomo! Quiero avengonzarte, Isolina...! Quiero que reacciones! Deshonras tu apellido, tu familia, tu hogar.....!

Isolina.—(Lívida, saltando al brazo del doctor, que agarra convulsivamente). Basta! (Escupiendo las palabras en su rostro). Imbé-

cil! (Llorosa). Imbécil! Ah! (Sollozando, llevándose las manos á los ojos). • Imbécil...! Imbécil...!

ESCENA VIII.

DICHOS,—JOAQUIN.

Joaquín.—(Apareciendo en el umbral). Cuando guste, doctor...! (Nota los sollozos de Isolina y el semblante descompuesto del doctor). Oh! Sabe usted algo! Oh! Sabe usted algo, Isolina....! Isolina! Qué es esto?

Isolina.—(Sonriendo tristemente y limpiándose los ojos). No, amigo mío... amigo mío! No se trata de su hija de usted...! Ah! Es otro asunto mío... Perdone... perdone...

D. Hermenegildo.—Oh! Esto es chocante.....

Joaquín.—Pero qué ha pasado...? Usted sollozaba.....!

Isolina.—No pregunte, amigo mío...! Oh! Es un asunto, es un algo muy asqueroso y repugnante... ó mejor, muy estúpido para amargar más su espíritu con su relato..... No pregunte....!

Joaquín.—Bien... pero es extraño.....

Isolina.—(Más repuesta). Lleve usted al doctor, Joaquín, se lo suplico... lleve usted al doctor.....

Joaquín.—(Desorientado). Bien... bien. Ya le obedezco... Doctor, cuando usted guste... Oh! Es extraño...!

D. Hermenegildo.— (Molesto). Sí, vamos allá..... (Vanse: Joaquín vuelve el rostro para observar á Isolina y sigue al doctor).

ESCENA IX.

ISOLINA.—Después FERNANDO y DOÑA GABRIELA,

Isolina.—(Violenta). Y recibir ese asqueroso salivazo en pleno rostro sin abofetearlo...! Ah! Sólo el recuerdo de mi sexo ha sujeto mi brazo...! Imbécil...! (Va á apoyarse á la ventana).

D. Fernando.—(Entrando y hablando hacia fuera) Entra, no hay nadie... (Notando á Isolina) Ah!

Gabriela.—Pues está en lo mejor del camino...! Ah! Estás aquí?

Isolina.—(Débilmente). Sí.....

Fernando.—(Observando el pabellón). Ha quedado bien... Eh?

Gabriela.—Pues ya lo creo...! Si es la parte mejor... Desde abajo luce lindísimo...! Ya lo creo! No se podrá quejar el caballerete.....

Fernando.—Córcholis! Cuánto libro...! (A Isolina). Y Joaquín?

Isolina.—Allá dentro... con Don Hermenegildo.....

Gabriela.—¿Con la hija...?

Isolina.—Sí.....

Fernando.—(Leyendo los títulos de los libros, en una de las cajas). Código Civil...! Código Penal...! Zambomba! Y Ley de Enjuiciamiento... y... Recórcholis! Es un muchacho de buena voluntad...! Tiene muy buenos libros.....

Gabriela.—De buena voluntad! Sigue en esa creencia... Es el orgullo que se "lo come"...! Si se figurará él que por tener esos librotes se "hace gente".....!

Fernando.—Piensas mal, Gabriela...! Joaquín será abogado...! Y será lo que quiera ser....! (Sigue leyendo).

Gabriela.—Sí... lo que ha hecho él es "cortarte la tripa del ombligo"... no miras sino por donde ve él.....

Isolina.—Por qué no vino Luciano...,

Gabriela.—Se quedó con Gustavo.....

Fernando.—No sé... lo espero en este otro tren. Se quedó con Gustavo para arreglar definitivamente la presentación de éste todos los lunes, en el Juzgado... (Soplando). Demonche! Hace calor aquí... ¿eh? Poco trabajo ha costado que Gustavo pueda venir.....!

Gabriela.—¿No te dá el sol ahí, Isolina? Te vas "á poner prieta"!

Isolina.—Estoy bien.....

Gabriela.—Oye... ven acá... (La trae á primer término).

Isolina.—Ya lo sé... evíteme oirla.....

Fernando.—(Viendo en otra caja). Zola, D'Anuncio... Sudermann... Blasco Ibáñez...! Sopla! La gran colección.....!

Gabriela.—Te advierto que mientras estemos en la finca no vendrás sola aquí....

Isolina.—Sí, está bien... (Quiere volverse).

Gabriela.—Oye. Lo que haces está mal hecho!

Isolina.—Está bien.....

Gabriela.—Muy mal hecho, Isolina...! ¿Dónde vas á parar?

Isolina.—Basta... mamá...

Gabriela.—¿Cómo explicas tus actos...? (Isolina calla). ¿Crees que tiene explicación satisfactoria para un padre... para una madre... para un novio... esa actitud tu-

ya... casi en brazos de un hombre... de un tipo!

Isolina.—Basta... ¿Oyes? Basta! (Volviendo á su ventana). Ah!

Gabriela.—Qué harpía.....!

Fernando.—Rediós! Ya esto es más grave...!

Gabriela.—¿Qué...?

Fernando.—Nada.... nada...

Gabriela.—Sí.... ocúltale todo, defiéndelo! Ah! Tú tienes la culpa de que ese tipo, ese cualquiera, que ayer como quien dice entró de cochero... y fué subiendo y subiendo por tu benevolencia estúpida, se crea ahora igual á todos y con derecho á enamorar la hija de sus amos... de sus.....

Fernando.—Calla, por Dios, Gabriela! Oh! Es una majadería ese encono tuyo contra Joaquín...! Vamos!

Gabriela.—Y todavía te parece poco lo que hace ese tipo! Me consta que le ha desagradado que pusieran á Gustavo en libertad bajo fianza y que viniera á pesarse la temporada á la quinta!

Fernando.—Chismes... siempre oyes todos los chismes que te cuentan.

Gabriela.—Bien! Algún día te arrepentirás! ¿Qué leías ahí!

Fernando.—Nada, mujer.....

Gabriela.—Pero dilo!

Fernando.—Notas al Código...! Observaciones al Código! Vaya!

Gabriela.—¿Observaciones... de Joaquín... al Código?

Fernando.—Sí... cosas de él...

Gabriela.—Está loco...! Já! Está loco!

Isolina.—Vergüenza debía darle á muchos abo-

gados...! (Nerviosa, habla desde su puesto).

Gabriela.—¿Qué dices...?

Isolina.—Joaquín enmendando el Código le parece un absurdo... ¿Nó?

Fernando.—Sí, Isolina, pero convendrás conmigo que es una locura.....

Isolina.—¿Por qué? ¿Porque Joaquín es un hombre insignificante, socialmente...? Pues más vergonzoso es aún para tantos abogados, legisladores y leguleyos que nos gastamos por las Antillas, que un hombre cualquiera piense en humanizar unas leyes inhumanas, arcaicas, é inaplicables en una época de progreso como ésta... mientras ellos se sientan cómodamente en sus poltronas á despachar sentencias como unas máquinas, ó se agitan en baja política de fines personales y absorbentes.....

Gabriela.—Cuánto disparate...!

Fernando.—Bah! Exageras, Isolina.....!

Isolina.—Que exagero? Y ¿qué se ha hecho en este sentido...? Buscar puestos y despilfarrar cínicamente el dinero del pueblo: eso es lo único que se ha hecho....

Fernando.—La ropa sucia se lava en casa, Isolina.....

Isolina.—No! Ahondando la llaga, extrayendo lo infecto, raspando y quemando el miembro...! Ese es el único medio de sanar la herida en firme.....

Fernando.—Bravo...¡ Já...! Vas á continuar las glorias de Luisa Michel.....?

Isolina.—No sé que quiere usted decirme.....

Gabriela.—Estás loca, hijita... estás loca...!

Isolina.—(A Fernando). ¿Qué quiere usted decirme?

Fernado.—Que si has hecho profesión de fé en el socialismo.....

Isolina.—No sé... ignoro lo que es socialismo. Pienso por mi cuenta sin preocuparme si mis ideas se parecen á las de nadie.

Gabriela.—Lo que haces es hablar sin "ton" ni "son".... como una cotorra....!

Fernando.—(Rebuscando en la mesa y leyendo). Hola! "Memorias íntimas"! Esto si que es importante.....

Isolina.—(Corriendo á él). Oh! No! Eso nó.....!

Fernando.—¿Por ventura conoces.....

Isolina.—Es una incorrección, Fernando..... una indiscreción.....

Fernando.—Bien, bien, hijita....! Yo tampoco iba á leer nada......

Gabriela.—¿Qué es eso, Isolina...?

ESCENA X.

DICHOS.—TEOFILO, que entra corriendo, sofocado, comiendo una fruta.

Teófilo.—(Con atropellamiento). Aqué é! Aquí é! Ah! Aquí estoy yo! (Mira estúpidamente á todos lados). "Aronde" está Isabé! Eh?

Gabriela.—Ven acá... ¿qué comes....?

Teófiol.—Guayaba! "Aronde" está Isabé!

Gabriela.—Ahí, en ese cuarto... tú no puedes entrar.....

Teófilo.—"Po" sí, yo quiero entrar.....

Gabriela.—(Sacudiéndolo). A ver! Ven acá! Ya te has manchado el traje...! Bota eso, no comas eso ahora que te vá á quitar las ganas de almorzar.....!

Teófilo.—Oh! "Po" yo quiero ver á Isabé!

(Se oye un grito de Isabel, en la pieza inmediata).

Isolina.—(Vivamente emocionada, se acerca). Oh!

Teófilo.—(Corriendo al cuarto). "Me voy...! Taralá! Taralá! (Vase).

Gabriela.—Muchacho! Vaya! (A Isolina). Oye, Isolina... ¿qué tiene Isabel...?

Fernando.—(Acercándose, curioso). ¿Es Isabel....?

Gabriela.—Sí, es Isabel... La están reconociendo. Oye: ¿es verdad que tiene pústulas...?

Isolina.—(Intranquila). No sé... no sé.....

Teófilo.—(Que vuelve corriendo). Yo la ví! Yo la ví!

Gabriela.—Ven acá... ¿A quien viste?

Teófilo.—A Isabé! Joaquín me botó.

Gabriela.—¿Qué tiene Isabel...?

Teófilo.—Ná...! Unos granitos en la espalda.....

Gabriela.—Uf! Teófilo... Por Dios! Calla!

Teófilo.—Como Gustavito....! Tiene la espalda como Gustavito!

Isolina.—(Extrañada). Oh! Dios mío.....! (Va en dirección á la habitación). No...! No...! Sería horrible...!

Fernando.—¿Qué...? ¿Qué...?

Gabriela.—No veas esas cosas, Isolina...! (Se oyen voces acaloradas en el cuarto. Isolina se detiene).

ESCENA XI.

DICHOS.—EL DOCTOR.—JOAQUIN.

D. Hermenegildo.—(Que entra, seguido de Joaquín, rojo, iracundo). Pero cálmese, se-

ñor.....! Oh! Es ridículo! (Joaquín vacila, mordiendo un pañuelo, fuera de sí, los ojos dilatados).

Isolina.—(Solícita) Joaquín! Amigo mío! Oh! Joaquín!

Joaquín.—Oh! Yo quiero saberlo todo! Todo! Oh! (Vuelve á la habitación, vacilando). Todo! Quiero el nombre de él...! El nombre del infame...! Del asesino....! (Su voz se oye desde la escena, mientras él, dentro, interroga á Isabel á gritos). Habla...! Habla Isabel....!

Fernando.—(Al doctor). Pero qué es esto...?

D. Hermenegildo.—(Rápidamente). Un fastidio! Oh! Me irrita...!

Joaquín.—(Siempre desde dentro, gritando). Bueno! Su nombre...! Sí...! Su nombre.....!

Gabriela.—(Observando hacia afuera). Ahí vienen Gustavo y Luciano... Que no entren.....

Joaquín.—(Lo mismo). No...! No! Quiero su nombre...! Habla...! (Una pausa). El idiota...! Gustavo...! Gustavo...! Dí...! Habla...! Sí...! Sí...! Ah!

ESCENA XII.

DICHOS.—GUSTAVO.—LUCIANO.—Después ISABEL,

Gustavo.—(Desde fuera). Sí, aquí es...! Entra! (Entra él seguido de Luciano). Hola, familia.....!

Luciano. Buenos días... buenos días.....!

La voz de Isabel.—Mi padre... mi padre...!

Isolina.—(Sin hacer caso á Luciano). Oh! (Joaquín aparece en el umbral de la puerta, lívido, descompuesto).

La voz de Isabel.—(Detrás de Joaquín). Padre mío, perdón!

Joaquín.—(Fijando la mirada en Gustavo). Ah! Tú...! Tu aquí!

Gustavo.—(Echándose atrás). ¿Que es ésto...?

Joaquín.—(Abalanzándose de repente al cuello de Gustavo, con un ligero grito). Tú...! Tú...!

Gustavo.—Canalla...! (Saca un revólver).

Gabriela.—Hijo mío...!

Isabel.—(Apareciendo, envuelta en una sábana y cayendo en el umbral de la puerta). Padre mío....! (Isolina acude á ella exhalando un grito.

Luciano.—Qué es esto...! (Desase á Joaquín, ayudado por Fernando y Don Hermenegildo).

Joaquín.—(Balbuciente, dominado por Luciano, que lo arrastra). Tú! Ah! Tú...!!

Gabriela.—Hijo mío.....!

Isolina.—(Dando un grito). Isabel...! .Isabel.....!

Joaquín.—(Notando á Isabel, que yace en los brazos de Isolina). Oh! Hija mía...! Hija mía! Oh! Oh! Bela...! Bela...! (La sacude).

Gustavo.—(Sujeto por Luciano y su padre y forcejeando por soltarse). Cochino....!

Joaquín.—(Con un grito desgarrador). Bela...! Belica.........!!

TELON

TERCER ACTO

Una sala en casa de la familia Gonzálvez amueblada con lujo.—Al fondo una ancha puerta que dá á una habitación principal. A los lados, puertas al exterior y resto de la casa. Un canapé á la derecha y á la izquierda un sofá y estrado. Es de noche. Una lámpara lujosa pende al centro de la sala.

ESCENA PRIMERA

D. HERMENEGILDO.—MEDICOS 1º, 2º, y 3º sentados en el estrado.—Cerca de ellos D. FERNANDO, sentado y LUCIANO de pié.

Médico 1o.—(Asintiendo). Evidentemente... !

Médico 2o.—Sí, es indudable... la edad que atraviesa es verdaderamente terrible, y esa enfermedad inoculada ahora... Sí, es evidente. Estoy absolutamente de acuerdo con usted.

Médico 3o.—En la actualidad, asisto á una púber clorótica, que presenta los más raros síntomas. Antier la hallé presa de un estupor singular... llegué á creer en una meningitis tuberculosa... Y si en un caso sencillo.....

D. Hermenegildo.—(Interrumpiéndole). Hoy mismo, por la mañana, no la hallé tan decididamente grave... (Habla de Isabel).

Por la pesadez del párpado en el ojo izquierdo, supuse que la invasión en los sesos no era más que en esta región... A las doce del día aumentó considerablemente la fiebre y la inflamación de los sesos era alarmante... Después pareció paralizarse.....

Médico 1o.—Un poco más fuerte, más robustez y quizás si se tuvieran esperanzas.....

Médico 3o.—Créanme ustedes que me repugna este caso. Tres veces en mi vida he rehusado hacerme cargo de esta clase de curaciones. He sentido siempre rebelarse dentro de mí la imperturbabilidad del médico para dejar paso á la indignación del hombre...!

Médico 1o.—(Haciendo señas á su compañero que calle, por D. Fernando y levantándose). Bien.....

Médico 2o.—Sí... yo también me marcho. Repito mi conformidad con su diagnóstico, doctor, desgraciadamente en este caso no cabe disparidad alguna... Cuestión de horas. (Dándole la mano). Doctor.....

D. Hermenegildo.—Adiós, amigo mío. Doy á usted las más expresivas gracias. (El médico sigue saludando á Luciano y Fernando, haciendo señas de inutilidad de sus servicios).

Médico 1o.—Esperanza en Dios.....! (Adiós, viejo amigo.....

D. Hermenegildo.—Adiós, Alberto... dices bien... es lo que resta.....

Médico.—(Levantándose también). Esperanza en Dios! Ah! (Encogiéndose de hombros). Sí, esa es también una receta médica... la última casi siempre... Adiós, doctor.....

D. Hermenegildo.—(Estrechando (la mano).

Los médicos jóvenes no creeis en ella... sí, ya se vé! Pero fórmula caritativa ó verdadera fé, es lo único que podemos decir en estos casos.....

Médico 2o.—(Volviendo de sus saludos, mientras van á ellos, el 1o. y 3o.) Tantas veces un soplo de vida, de energía imperceptible y nueva ha vencido á la muerte....! Sí, tiene usted razón... Adiós, amigo. Considéreme siempre á sus órdenes.....

D. Hermenegildo.—Muchas gracias, sí, sí. Le llame á usted eh?—porque como usted la asistió en un principio.....

Médico.—Psch! Ya le he explicado. No pude lograr exámen, ella desfiguraba los síntomas.... Pobrecita...! Me apena profundamente esta desgracia. Yo aprecio con verdadera sinceridad á su pobre padre.....

D. Hermenegildo.—Pobre padre en verdad, sí.... (Acompaña, con Luciano y D. Ferdo, á sus compañeros, hasta la puerta).

Médico 1o.—Buenas noches, señores.....

~~Ojo! cajista: corte [illegible]~~

D. Hermenegildo.—
D. Fernado.— Buenas noches.
Luciano.—

ESCENA II

D, HERMENEGILDO.—FERNANDO.—LUCIANO,

Luciano.—No hay esperanzas.....!

D. Hermenegildo.—Oh! No se debe decir nunca que no hay esperanzas, hijo mío.....! Nunca! Dios es muy grande!

Fernando.—(Sentándose, ayudado por Luciano). Estoy aterrado... aterrado...! Po-

bre Joaquín! Ah! Nunca supuse estas terribles consecuencias!

D. Hermenegido.—Sí... terrible! Ah! La juventud de hoy...! Esta juventud loca que vive de prisa.....!

Fernando.—No, Gildo... esto ha sido siempre... Mírame: atáxico y temblón.....! No condenemos los jóvenes por sistema, ni tratemos de excusarlos lor la generalización. Este crimen de mi hijo Gustavo me ha arrebatado muchos años de vida...! Es de él la culpa! Sólo de él!

Luciano.—Pero me parece tan duro eso de inocular á sabiendas!! No sé... nó nada, pero me inclino á creer que Gustavo ignoraba su estado! (El doctor mueve la cobeza negando). ¿Lo sabía...? Oh! Entonces es terrible! Terrible!

ESCENA III.

DICHOS é ISOLINA desde la puerta del fondo.—Después: FERNANDO—GUSTAVO—LUCIANO.

Isolina.—(Apareciendo en el umbral de la puerta del fondo). Doctor.....!

D. Hermenegildo.—Voy... voy al momento...

Isolina.—Joaquín lo llama... (Le pregunta por señas el resultado de la junta de médicos. Don Hermenegildo mueve la cabeza). Oh! Ni una palabra de ello, doctor!

D. Hermenegildo.—Oh! No, no! Descuida! (Desaparecen).

Fernando.—(Rememorando). El mes que viene, hará cuatro años que entró Joaquín en esta casa... Me acuerdo aún de la buena impresión que me produjo...! Ah! Pobre hijo mío! Siempre tan atento, tan servicial y resignado.....!

Luciano.—Pobre hombre, caramba! Me apena esto de verdad! La chiquilla era simpática é inteligente! Oh! Y tan niña!

Fernando.—Ah! Mi hijo Gustavo! Mi hijo Gustavo! Cuanto no me ha hecho pasar ese desgraciado muchacho! Faltaba esta, sí, faltaba esto también.... Era lo único!

La voz de Gustavo.—(Desde dentro, hablando con alguien). Me importa un pito! A mí no me come nadie.....!

Fernando.—(Sobresaltado). Gustavo aquí!

Luciano.—Oh! Qué significa esto.....?

Gustavo.—(Entrando). Hombre! Pues si se figuran que me van á comer...! (Viene un tanto achispado). Hola! Dame dinero, mi padre.....!

Fernando.—Pero ¿qué haces tu aquí, Gustavo? ¿No te dije que te quedaras en la quinta esta noche.....?

Gustavo.—Uy! Compadre!

Fernando.—¿Y tu madre? ¿Dónde está tu madre.....?

Gustavo.—(Irritado). La dejé allá, rayos! A mí qué me importa!

Luciano.—Pero ¿por qué has venido,

Gustavo.—Pero señor, ustedes están sordos! Necesito dinero!

Fernando.—Pero ¿qué significa esto?

Gustavo.—Uy, uy! Y vuelta con la lata! Pero caballeros: ¿ustedes se creen que yo voy á desperdiciar los días que me quedan de libertad, en dormir como una bestia allá en la selva? Uy! Dame dos "monedas" mi padre, y déjate de "boberías". Mira: allá abajo me esperan Panchón y Felo.....! Vamos!

Luciano.—Haces mal, Gustavo, te expones inutilmente!

Gustavo.—No la vengas tu á embromar también, tarugo! ¡Tú crees que yo voy á perder una "rumba" como la que vamos á "correr" porque á tí te dá la gana...! Vamos, viejo... te juro que necesito las dos monedas! Ya te librarás de mí, no seas bobo, ahora te pasarás quien sabe qué tiempo sin que yo te dé "sablazos"... (A su padre). Vamos, venga eso! Mañana te los devuelvo.....

Fernando.—Nó, Gustavo, rotundamente nó! No te daré un centavo!

Gustavo.—(Después de un momento de estupor). Es decir que me vas á hacer tirar la plancha con dos amigos, y dos mujeres que me esperan allá abajo....?

Fernando.—Esto es demasiado, Gustavo! Demasiado! Sería preferible que me hundieses un puñal en el corazón.....!

Gustavo.—Miren! Ya me tienen muy cansado todos ustedes! Parece que se empeñan en que yo haga una barbaridad y la voy á hacer.....!

Fernando.—Has lo que te parezca! Ya mi afecto de padre se borra y se borra cada día... y ahora es cuando voy viendo tu horrible vida y tus errores criminales...! Sí, Gustavo! Más vale que te mueras...! ¿Oyes? Más vale que te mueras! Ahora deberás suponer como me has puesto el alma...!

Gustavo.—Oye! Te vas "dejando" de "eso" porque si me apuras mucho me largo para "casa del diablo" y te hago perder los seis mil pesos de la fianza.....!

Fernando.—Mejor! Así te tendré lejos!

Gustavo.—Bueno. ¿Y tú quieres hacerme el favor de decirme á qué viene todo eso...?

Fernando.—Basta, Gustavo! Lárgate.....! Ojalá lo hicieras para siempre.....!

Gustavo.—Para quedarte con tu Joaquín, verdad? Bien dice mi madre que ese "tipo" "te ha cortado la tripa del ombligo"!

Fernando.—Basta.....

Gustavo.—Pues me importa poco, para que lo sepas, porque tampoco me creo obligado á tenerte muchas consideraciones....!

Fernando.—¡Oh!

Luciano.—Gustavo.....!

Gustavo.—(A Luciano). Nadie te ha dado vela en este entierro, viejo. Métete cuando te llamen! (Paseándose). Jé! Bonito verso! Y cuando apenas me quedan siete días para entrar en "chirona" por el bestia ese que se le ocurrió morirse... venirme con estos "velorios" y estas latas... Vamos, compadre, que ya esto es demasiado!

Fernando.—Basta, Gustavo. Vuélvete á la quinta!

Gustavo.—No más, papá! Vamos! O me das el dinero ó me largo para México! Escoje entre dos "monedas" y seis mil "grullos"! Eetoy haciendo esperar á "la gente"!

Fernando.—Es inútil, Gustavo, no te daré nada! Vete donde quieras.

Gustavo.—(Alzando la voz). Pues ahora mismo voy á armar un escándalo aquí! Ya estoy harto...—¿lo oyes?—ya estoy hasta los pelos que me andes predicando moral cuando tú no la has conocido nunca!

Luciano.—Baja la voz, Gustavo....

Gustavo.—Y si yo soy "un bufa" tú no tienes nada que echarme en cara porque tu "cha-

yote de nariz" dice bien claro que te "empujaste" muchas "cañas" cuando tenías mi edad.....

Fernando.—Oh! Dios mío!

Gustavo.—Yo te quiero y te respeto... pero no por eso voy á aguantarte que te hagas el santo delante de mí... Nó, viejo! Tú no mataste á nadie... al ménos no lo sé yo; pero en cambio me diste á heredar "esa cosa" del cerebro por la que me dicen que soy un degenerado...! Yo no me "degeneré sólo"!

Luciano.—Por favor, Gustavo, es tu padre...!

Gustavo.—Me importa poco, Luciano! El sabe que yo lo quiero y lo respeto..... pero ¿crees que tiene derecho á insultarme y ponerme por debajo de ese tipo de Joaquín, á negarme dinero y á decirme todo lo que se le ocurre...? No, viejo! Yo sé muchas "cacas" tuyas para que puedas echarme algo en cara!

Fernando.—Basta, Gustavo. Vete...!

Gustavo.—Pues no me voy de aquí sin el dinero! Todas estas "payasadas" no son más que por la "picuita" esa! (Por Isabel).) Como si ella valiera más que el cariño de un hijo! (A su padre). Pues registra en tu conciencia á ver si no tienes que acusarte también de algo como eso! Habla! Ah! No dices nada! Aquí todos nos conocemos, viejo; hay que dejarse de "boberías"! Yo soy "un bufa": tú lo fuiste también! Yo estoy "así ó asao", pues tú también lo estuviste.... y lo estás, porque por eso te tiemblan las piernas y no puedes andar sin manejadora! Ya ves! Y tú eres una per-

sona decente y no hay porqué decir que yo no habré de serlo también.....

Luciano.—Bueno, Gustavo. Basta, vete ya...

Gustavo.—(Dejándose caer encima de Luciano). Pero ¿no es lo que yo digo, mi hermano? A ese viejo... ahí donde tú lo ves más estropeado que un "gollejo" de naranja... había que darle "medio pá caramelo"! Já! Tenía cada una que "temblaba Melequetén en la laguna"! Ríete de eso mi hermano! Y ahora quiere hacerse el santo conmigo...! Con su hijo...! (Se acerca al padre). (Abrazándolo). Pero que viejo más "salao" eres! Já! Venga! Venga esa "harina bruta" y sin novedad.....!!

Fernando.—(Desasiéndose). Por favor, Gustavo... déjame....

Gustavo.—(Riendo estúpidamente). Venga la "plata bella" para tu hijo, venga "eso"! Já!

Fernando.—Vete, Gustavo! No quiero saber nada de tí! (Trata de levantarse).

Gustavo.—(Empujándolo nuevamente al sillón y haciéndole cosquillas). A sentarse! Ahí sentado hasta que me dés las dos monedas! "No hay lance"! Já! Mira como te baila la "barriga"! Ah!

Fernando.—(Haciendo un esfuerzo y apartando violentamente á Gustavo). Basta! Bandido! Cínico!

Luciano.—(Acudiendo en auxilio de Fernado, á quien ayuda á levantarse y andar). Cálmese, Fernando...! Vamos!

Fernando.—Vas á acabar con la poca vida que tus crímenes me han dejado! Véte á México! Lárgate! Sábete que habré de influir para que en vez de dos años te encierren

diez en la Cárcel! Hijo maldito, infame! (Anda hacia adentro ayudado por Luciano). Ah! Dios mío! Qué castigo! Qué castigo!

Luciano.—(Bajo). No está en su juicio, Fernando, vamos....

Gustavo.—(Exaltado). Pues peor para tí, viejo hipócrita, si crees que vás á sacar algo de mí por las malas! Nó! Me largaré á México, sí! Al diablo! Pero algún día te arrepentirás de haberme puesto por debajo de un extraño que te explota miserablemente! Al diablo! Al diablo mil veces! Métete por donde quieras tu oro que para nada te sirve!

Luciano.—(Iracundo). Gustavo! No más!

Gustato.—Al diablo tú también! Aquí todos se empeñan en ser ahora unos "santicos" sin pecado, cuando todos son peores que yo! (Al viejo). Son peores, eres peor que yo, porque yo no soy hipócrita y tú sí lo eres! Porque apesar de todas esas "payasadas" con que me sales ahora, tú querías á la "chiquita" para tí.....!

Fernando.—(Horrorizado y yéndose precipitadamente ayudado por Luciano que desaparece con é). Oh! Gran Dios!

ESCENA IV.

GUSTAVO,—ISOLINA.

Gustavo.—Y mucho predicar moral ahora que estás viejo y canijo! A ver qué hubieras contestado tú si cuando tenías mi edad te hubieran venido con esas "latas"! Vamos, hombre! Que también esto es no darse cuenta de las cosas!

Isolina.—(Atisbándolo primero por la puerta del fondo y aliendo después). Ah! Pero eres tú!

Gustavo.—Hazme el favor de no jorobar!

Isolina.—¿Cómo has venido? ¿Cómo te atreves á venir aquí?

Gustavo.—Porque me dió la gana! Listo! Para que lo sepas! Yo supongo que no me vendrás tu también ahora á predicar moral.....!

Isolina.—Me importa poco que revientes, ya lo sabes. Lo que quiero es que bajes la voz porque Isabel está agonizando y su padre está ahí!

Gustavo.—(Gritando). Pues gritoooooo! (Natural después). Para eso es mi casa, para hacer lo que me dé la gana en ella!

Isolina.—Miserable!

Gustavo.—No empieces porque yo tengo también muchas cosas que decirte... á tí y á tu "guanajo" de novio!

Isolina.—¿Qué haces aquí? ¡Qué vienes á hacer aquí, donde agoniza tu víctima!

Gustavo.—Lo que me dá la gana.....

Isolina.—Aún te parece poco cruel tu infame conducta!

Gustavo.—Dímelo "en verso"!

Isolina.—Miserable! Asesino! Vil!

Gustavo.—"Chíflame eso"!

Isolina.—Véte de aquí! Vivo!

Gustavo.—Cuando me dé la gana.....

Isolina.—Llamaré á Joaquín!

Gustavo.—(Sacando un revólver). Llámalo! Lo "afrijolo" á él también! Lo mismo se pasa un año que doce en la Cárcel!

Isolina.—Ah! Quisiera yo ser hombre! Quisiera tener un revólver como ese á mano,

para demostrarte que no te temo, que eres un cobarde, un miserable!

Gustavo.—Y detrás de eso llamo á tu "guanajo" y le digo quien eres tú!

Isolina.—Dílo todo! Haz lo que quieras! Oh! ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer madre mía, para convencer á éste miserable dé su bestialidad? Oh! (Volviéndose para su hermano). Vete, Gustavo... te lo suplico!

Gustavo.—Já! Y tu eras la que querías ser hombre!

Isolina.—Por mamá, Gustavo, te lo suplico, vete!

Gustavo.—Mantequilla, vieja! Si mi padre no me dá dos centenes le entro á tiros hasta al gato! No me quedan más que seis días de libertad y no soy hombre de perder "una rumba" con dos años de "chirona" por delante! Dile al viejo que afloje el dinero! Vamos! Te juro que me voy enseguida!

Isolina.—Bueno, vete de esta sala..... yo te acompaño, vamos!

Gustavo.—No, vieja! A otro can con ese hueso! Me los tienes que traer tú aquí porque si nó no hay "lance"! Me están esperando y no puedo perder tiempo...! Andando!

Isolina.—Pues no iré—¿oyes,—lárgate ó quédate ó haz lo que te plazca. Te engañas si te crees fuerte ante mí!

Gustavo.—Veremos si me repites eso.....

Isolina.—Te he dicho que hagas lo que te plazca! Eres demasiado cobarde para que yo te tema.....!

Gustavo.—Já! Y tú dándotelas de santa! Si no puedes "bravear" delante de mí, vieja! Convéncete que si yo fuera un sinvergüenza, tendría en tí una mina... Sí... por-

que te amenazaba de llamar á Luciano... Y listo!

Isolina.—Qué.....?

Gustavo.—Que hacías lo que yo quería....!

Isolina.—(Altiva). Inténtalo! Inténtalo si osas.....

Gustavo.—Y lo llamo... ¿Qué te has figurado tú?

Isolina.—Llámalo!

Gustavo.—Sí... y lo llamo... y le demuestro que él es un "aguantón" y tu un "gollejo"...! Desafíame!

Isolina.—Pues sí... te desafío! (Alto). Luciano.....!

Gustavo.—Ah! Y luego hablas! Sí! Aún estás más perdida de lo que yo te suponía, porque parece importarte poco que sepan todas tus "perrerías"! Anda! Vuelve á tu cuarto! Vuelve á cuidar á la hija de tu amante...! Vuelve allá! Eres demasiado poca cosa para que yo pierda mi tiempo en desembarazarte de ese "mentecato"! Largo! Ahora soy yo quien te boto!

Isolina.—(Violenta). Cállate, miserable! No vuelvas á decir eso porque me siento con fuerzas para ahogarte....! Joaquín mi amante! Ah! Imbécil! Me parece mentira, aún me parece imposible que tengas el alma tan encenagada que hables de tus víctimas con ese descaro indigno!

Gustavo.—Bueno, Isolina! Me cansas ya! ¿lo oyes? Ya me aburres! Ahora si es verdad que como no me dejes tranquilo llamo á Luciano y te deshago el "altarito"! Si! Para que lo sepas! Ya me cargan tus "tonadas"! ¿Qué es lo que te has figurado tu, vamos...! ¿Qué me vas á meter miedo?

¿Crees que porque te he tolerado tus amantes y tus pererías voy á dejarme imponer? Prueba á ver! Y si te haces la valiente porque tienes á tu Joaquín detrás... Llámalo á él también! A tí, á él y á todos ustedes me los meto yo en un bolsillo! Oyélo bien! En un bolsillo!

Isolina.—(Retirándose). Cobarde!

ESCENA V.

DICHOS,—LUCIANO.

Luciano.—(Entrando). ¿Qué es esto, Gustavo? Aún estás aquí!

Gustavo.—Sí, aquí estoy! Qué fué!

Luciano.—Que quiero que te vayas... ahora mismo!

Gustavo.—Eso lo veremos.....!

Luciano.—(Acercándose á él y tomándolo de un brazo). Vamos!

Gustavo.—Ahora verás sí...... (Va á sacar el revólver).

Isolina.—(Lanzándose á Gustavo y sujetándolo). Luciano! Tiene un arma!

Gustavo.—Ah! perra!

Luciano.—(Arrebatándole el arma). Vamos! Suelta eso! Vamos para abajo...! Te expones miserablemente á la muerte... y lo de ménos es eso, sino el conflicto que crearías.... Gustavo obedece, tambaleándose).

Gustavo.—(Riendo). Qué partida de abusadores! Já! Pero me cojiste miedo, mi hermano! "Te ví primero"!

Luciano.—Vamos para abajo.....

Gustavo.—Bueno... dame las dos monedas, yo te las pago.

Luciano.—No tengo nada! Yo no doy dinero para gastar en boracheras y juergas....

Gustavo.—(A Isolina). Anda, mi hermanita! Dile que me lo dé!

Isolina.—(Repugnada). Luciano, accede! Es preferible!

Gustavo.—(Viendo que Luciano se dispone á darle el dinero). Pero señores, convénzanse ustedes que yo tengo razón... ¿Yo no soy un buen muchacho? Vamos! ¿No es justo que yo me divierta antes de entrar en el Colegio? Demonio! Si fuera viejo me explico que me recriminasen... pero tiempo me quedará de llorar...! Déjenme divertir ahora! Ah! Qué bueno eres, mi hermano! Mira: Yo se lo decía á Isolina ahora.... este Luciano es la persona más decente que yo he conocido...! Decente de verdad... ¿eh, "Ná" de "choteo" ni "ná"! Decente de verdad...!

Luciano.—(Entregándole el dinero). Toma... Vete!

Gustavo.—Yeya! Dos "carucones". Jiey! Qué bufa voy á coger esta noche, mi hermano! Te juro que hace más de un año que no me "meto en el saco"! Oye! (Hace seña para Isolina). Te la recomiendo...! Es una chiquita, mira: "pulpa"! Redondita como una O... es lástima que yo sea su hermano, te lo juro! Te juro que es lo único que siento.....

Luciano.—Bueno, vete ya. Que te retengan en cualquier punto porque tengo orden de tu padre de no dejarte entrar si vienes beodo.....!

Gustavo.—Caramba...! Te juro que me dá lástima esa pobre Isabel...! Yo no tuve

la culpa, Luciano! Sería capaz de darme un tiro si supiese que yo había sido efectivamente.....

Luciano.—Bueno, vamos.....

Gustavo.—Quisiera verla... la pobre!

Luciano.—Estás loco, Gustavo, vamos!

Gustavo.—Ah! Ustedes no me comprenden! Nó! Al fin y al cabo bebiendo me consuelo, chico, porque yo tengo muchas cosas que me dan qué pensar...! Ah! Si tú supieras.....!

Luciano.—(Ya en el fondo). Vamos..... vamos.....

Gustavo.—Gracias... mi hermano... gracias! (Presa de un enternecimiento repentino). A tí te debo la vida! Te lo juro! Ya tú verás como yo me regenero.....

Luciano.—Vamos.....

Gustavo.—Oh! Soy tan desgraciado, Luciano! (Vanse).

Isolina.—(Moviendo tristemente la cabeza). Ah! Quizás tengas razón... (Se deja caer, fatigada, en el diván). Ah! Estoy cansada...! Tengo hambre, sueño!

Luciano.—(Volviendo). Ya lo dejé en la calle. Oh! Contigo soy franco porque sé que eres una mujer inteligente... me repugna tu hermano! ¿Quieres creer que tenía allá abajo un coche con tipos de todas clases esperándolo.....?

Isolina.—No me hables de él! Olvidemos que le hemos oído!

Luciano.—Oh! Ya sobrepasa todos los límites perdonables! Hace un momento ha tratado al pobre viejo como á un perro... Oh!

Isolina.—¿Y Fernando...? ¿Se acostó ya...?

Luciano.—No... aguarda. Lo he dejado en la

Biblioteca para venir aquí á hacer salir á Gustavo. Aguarda, voy á traerlo..... (Vase).

ESCENA VI.

ISOLINA.—FERNANDO,—LUCIANO.

Isolina.—(Tratando de despejarse). Oh! Maldito sueño! Me pesan los ojos...! Dormir! Dormir el otro sueño...!

Fernando.—(Entrando, ayudado por Luciano). Sí... pero en lo que yo pienso en esa pobre mujer allá sola... quizás si desconociendo que Gustavo ha escapado.....

Luciano.—Yo voy en un momento, Fernando...

Fernando.—No... no... no quiero que te molestes. Pero me pone en cuidado que Gabriela vaya á enterarse de repente que Gustavo está aquí...! La pobre es tan nerviosa...! Es capaz de venir... hasta en el coche de la quinta si ha perdido el último tren.....

Luciano.—Sería preferible.....

Fernando.—Sí... dices bien... Sería preferible porque así dormiría aquí ya tranquila.....

Luciano.—Si usted quiere, la voy á buscar...

Fernando.—¿Te parece, Isolina...? Tu pobre madre debe estar desesperada...! Está sola, con Teófilo.....

Isolina.—Como usted guste, Fernando.....

Fernando.—Y ese pobre niño con sus ojos enfermos...! Sí... me parece conveniente. ¿Eh? ¿Queda algún tren para allá...?

Luciano.—Ih!, sí! Hasta la una de la madrugada.....

Fernando.—Y de retorno.....?

Luciano.—(Consultando con su reloj). Aún... aún quedan tres... tres ó cuatro. Dentro de diez minutos debe llegar uno.....

Isolina.—Esperemos este que debe llegar ahora.....

Fernando.—Sí... eso es. Ya ella debe haberse dado cuenta.....

Luciano.—Por mí, cuando usted guste.....

Fernando.—Gracias. Es más sensato esperar... Gracias, hijo mío. Ah! Si mi hijo Gustavo fuera como tú.....

ESCENA VII.

FERNANDO.—LUCIANO,—JOAQUIN

Joaquín.—(Saliendo por la puerta del fondo). Isolina?

Isolina.—¿Qué hay...,

Joaquín.—El doctor me rogó la llamase... usted perdone.....

Isolina.—No, Joaquín... voy al momento. (Vase).

Luciano.—¿Como sigue...?

Joaquín.—(Encogiéndose de hombros). No sabría decirlo. Igual! Igual ó peor.

Luciano.—¿Bajó la fiebre con el último baño?

Joaquín.—Nada, casi nada. Ya ha vuelto de nuevo.

Fernando.—Animo, hijo mío! No debe desesperar nunca de la Justicia Divina!

Joaquín.—Ya no tengo qué esperar.

Fernando.—Dios mío!

Joaquín.—Lo que está ahí en ese lecho no es ya mi hija...¡ Es un cadáver, algo informe, algo terriblemente desgarrador...! Oh!

Fernando.—Resignación, Joaquín! Tu dolor es

mío también! También se me desgarra el alma cuando medito, horrorizado, que es Gustavo, mi otro hijo, el que ese dolor irremediable causa á todos! Oh, Joaquín! Tú, tú eres mi verdadero hijo! Mi dolor se identifica demasiado con el tuyo para pensar en excusar al autor de tanta desgracia!

Joaquín.—(Consigo). Y pensar que es ella... que es aquella Belica alegre, retozona..... que es aquella chiquilla inteligente y viva! Que ese rostro amarillo y escuálido, es su rostro, aquella carita de pilluelo... tan simpática! Oh! Oh! (Se pasea agitado, nervioso).

Fernando.—Qué terrible expiación, Dios mío! Toda mi juventud, toda, se me agolpa á la mente! (Golpeándose la frente). A ésta frente arrugada y enjuta, por la que nunca pasó una idea levantada! Yo! Yo sólo soy el criminal, soy el asesino... el culpable único...! Es á mí, Joaquín, es á mí á quien debe maldecir tu desesperación de padre! Oh! Dios mío! Más... dame más! Tengo ahora sed de dolor... sed de sufrimiento! Es algo que aquí, dentro del pecho, destroza y muerde!

Luciano.—Joaquín sabe que usted fué bueno siempre, Fernando. Sabe que usted practica el bien porque lo siente.....

Fernando.—Fuí bueno! Nó! He tratado de reparar el mal, pero el mal estaba hecho y avanzaba...! Y avanza siempre! Ayer una familia perdió un muchacho sano y fuerte...! Hoy un hijo mío... un muchacho á quien quiero con toda mi alma de arrepentido, sufre el más terrible de los do-

lores! Yo he creado el agente! Yo he labrado desgracias...! Oh! Dios mío, Dios mío! Es á mí... á mí.....

Luciano.—En todas las leyes hay una atenuante, Fernando. El de haber causado más daño del que se pensó.....

Fernando.—Es el castigo... el castigo! La humanidad exhala un grito! El sufrimiento! El dolor! Yo tengo parte en ese dolor! Oh! Perdón, Joaquín...! Perdón!

Luciano.—(Tratando de que no se levante). Fernando.....!

Fernando.—Perdón, Joaquín! Yo me aterro... me aterro!

Joaquín.—Cálmese, Fernando... Luciano tiene razón... Usted no pensó nunca causar este mal! Usted cuando bebía, cuando reía cuando gozaba su existencia disipada no pensó nunca en la vejez, en la degeneración, los dolores y la muerte.....!

Fernando.—Nunca...! Nunca!

Joaquín.—Tampoco los hombres aprenderían en usted! La Humanidad es ciega! El Dolor inmutable!

Fernando.—El dolor! El dolor! El del error irreparable es algo que pesa en el alma, allá en el fondo de nuestro ser, que hace un nudo aquí en la garganta...! Oh! Dios mío! Aún debo sufrir más... aún debo sufrir el doble para pagar lo que por mi causa sufren otros! Teófilo enfermo, Gustavo en Presidio, Joaquín... Joaquín...! Oh! No, no bast...! La ataxia, la parálisis, la... la muerte! No.. la muerte! No.. la muerte nó! Aún me queda mucho! Mucho! No basta... no basta.....!

Joaquín.—(Acercándose á él, solícito). Cálmese, Fernando! Gracias!

Fernando.—Sí... sí, gracias! Ah! Tú no debías sufrir, hijo mío! Tú eres noble, grande.... generoso! Oh! Díme! Dime que haga algo! Exígeme algo doloroso y terrible! Véngate en mí, cartígame!

Joaquín.—Fernando, serénese!

Fernando.—(Besando la mano de Joaquín). Ah! Ah! Ah! Hijo mío! (Joaquín se retira rápidamente).

Luciano.—Fernando, serénese! Aumenta usted el dolor de este pobre padre! Razone usted friamente y vea que no hay razón para acusarse así de todos los males de la tierra. Usted fué loco, fué uno de tantos; ahora es usted generoso y prodiga el bien á manos llenas... Entonces no reflexionaba usted, no era su "yo" verdadero y profundo el que obraba. Ahora es inútil tratar de enmendar lo que no tiene remedio.....

Fernando.—Lo que no tiene remedio... lo que no tiene remedio.....

Luciano.—¿Obtiene usted algo.....?

Fernando.—El sueño no llega.....! La vida se venga!

Luciano.—Si hay redención... usted la tiene de sobra ganada!

Fernando.—No hay redención, Luciano! No la hay!

Luciano.—Está el tiempo... el olvido!

Fernando.—A mi edad no se olvida!

Luciano.—(Más bajo). Queda la muerte...!

Fernando.—(Débilmente). Ah! Esa no llega!

Luciano.—Oh! Fernando! (Se levanta, nervioso). Es estúpido atormentarse así...! Es estúpido!

Fernando.—Esa no llega...! El dolor! El dolor!

ESCENA VIII.

DICHOS. — Dª. GABRIELA — TEOFILO. — UNA CRIADA.

La voz de Gabriela.—¿Pero volvió á marcharse.....?

Luciano.—Ahí está "Maela"...! (Joaquín se retira hacia el foro).

Gabriela.—(Entrando). ¿Y nadie evitó que sucediera? Sí! Esas son las imprudencias...! Buenas noches, hijo...! (A Luciano).

Luciano.—Buenas noches, Maela, ahora iba yo á buscarla.....

Gabriela.—Ah! No me diga usted nada! Estoy como loca! He pasado una angustia terrible...! (A su marido). ¿Qué te pasa? ¿No me dices nada...? ¿No has visto á Gustavo...?

Fernando.—Sí... sí... aquí estuvo él.....

Gabriela.—Qué iba yo á pensar que se le ocurriera escaparse...! Y lo dejaron subir hasta aquí! Me han dicho que lo dejaron subir hasta aquí, ese muchacho estaba indefenso y expuesto inútilmente...! Ah! Qué angustia, Dios mío! Cuanta contrariedad...! Salir de aquí! La mudada á la finca! Vuelta otra vez aquí...! Ah! Estoy molida, cansada! Llevo más de seis horas en una agitación constante...! Esto es demasiado para mí...! (Se sienta). Ah!

Luciano.—Y ,como escapó Gustavo de allá...?

Gabriela.—No sé... no sé. Se aburría horriblemente! Toda la tarde estuvo conmigo... Pobre muchacho! Paseamos por

los jardines... Ah! Hacía más de dos años que no lo tenía así á mi lado...! A las siete comimos. Estaba tan alegre! Quien iba á suponer que meditaba marcharse! Comió bien... y hasta yo también comí con mucho apetito, porque el pasear me había dado hambre... Me hizo beber...! Ah! Pobre muchacho! Pero debía aburrirse horriblemente! Repetía siempre que le quedaban seis días... seis días de libertad... Oh! Dios mío...! Cada vez que pienso en ello!

Luciano.—Y ¿á qué hora vino para acá...?

Gabriela.—Me partía el almo oirlo hablar tan resignado de la Cárcel...! De la Cárcel, Dios mío! Mi hijo en la Cárcel como un ladrón, como un bandolero...! Oh! Sí, pobrecito! Hace bien en divertirse, Luciano...! Yo no lo regaño, nó...! (A Fernando). No sería justo regañarle por eso, Fernando... No debes tratarlo mal.....

Fernando.—¡Ah! Tú también...! Tú también tienes tu átomo de culpa.....!

Gabriela.—Y tú eres un egoista que no toleras nada! Si por tu cariño fuera, ya Gustavo estaría en la Cárcel... ó quien sabe donde....! Para tí primero están los extraños que tus hijos.....!

Fernando.—Tú también tienes tu átomo de culpa.....!

Gabriela.—Sigue así... que te quedarás solo! ¿A qué hora estuvo aquí, Luciano...?

Luciano.—Hace ya un buen rato. Se fué enseguida.

Gabriela.—Yo lo dejé acostado. Con el desórden de la mudada á medias, se encontró su cama sin preparar...! El pobre! Y lo de-

jé desnudándose, sí, justamente! Lo dejé para meterse en la cama. Después subí á mi cuarto... y aún no me había acortado cuando me llamó Juana. (Por la criada). Apenas diez minutos! Pues en ese tiempo se vistió nuevamente y escapó para el paradero. Ah! Es un loco! Figúrese usted! Figúrese usted! En un momento lo ví todo! Vendría aquí! Se encontraría con ese hombre...! Oh! Dios mío! Qué momentos más terribles! Me vestí á la carrera... Hubo que despertar á Teófilo...! (Besando á su hijo, que sigue desde que entró arrimado á las faldas de su madre). Pobre hijo mío! ¿Tienes sueño, mi vida...?

Teófilo.—No.... no tengo sueño.....

Gabriela.—Se nos fué un tren...! Jesús! (A Teófilo). ¿No te quieres ir á acostar con Juana, hijo mío?

Teófilo.—No... Con "Mayía".....

Gabriela.—¿Dónde está María, Fernando...?

Luciano.—Está aquí en el cuarto, Gabriela... está con Isolina.....!

Gabriela.—Ah! ¿Y como sigue Isabel?

Fernando.—Mal... muy mal.....

Luciano.—Muy mal. A las diez fué la junta de médicos... Todos dicen lo mismo.....

Gabriela.—Pobrecita muchacha! Tan débil siempre! Tan ráquítica! Pero... ¿Dónde está Isolina...?

Luciano.—Ahí... está con ella y con el doctor.....

Gabriela.—(Escandalizada). En el cuarto de Isolina.....!

Luciano.—(Temiendo por Joaquín, que no puede oir). Pss!

Gabriela.—Pero Fernando! Y has consentido

que esa muchacha toda llagada la pongan en el cuarto de tu hija! De tu hija! Oh! Fernando! Ya esto es mucho abandono! Eso no es caridad ni buen corazón porque nadie lamenta más profundamente esta desgracia que yo! Pero eso es un peligro! ¿Cree usted sensato, Luciano, que en la habitación de una señorita se lleve á asistir una enferma contagiosa, terrible!

Luciano.—La habitación de Joaquín era muy estrecha, Maela. Hubo necesidad. Isolina lo pidió!

Gabriela.—(A Fernando). Pues tú no debías haberlo consentido porque tienes la obligación de velar por tus hijos!

Teófilo.—Yo quiero á "Mayía"..... !

Gabriela.—¿Me hace el favor de llamarla, Luciano.....

Luciano.—Voy al momento... (Se acerca al fondo, donde está sentado Joaquín y habla por la puerta hacia adentro).

Gabriela.—Eres un mal padre, Fernando! ¿Qué razón te aconseja erponer á tu hija á ese contagio...? Dilo!

Fernando.—Basta, Gabriela! A tí es inútil razonarte! Dí lo que quieras.....

Gabriela.—Ah! Esa ha sido toda tu vida! Egoista!

Luciano.—(Volviendo, algo mohino). Parece que está muy ocupada, "Maela". Isolina no la deja venir.....

Teófilo.—"Po" no me acuesto.....

Gabriela.—También ella! Ah! Qué suerte, caramba! Quien tuviera esa suerte! Ellos son los que tienen la culpa, Luciano, porque ellos fueron los que admitieron en esta casa á la pobre muchachita! Yo bien claro

le dije á éste y á Isolina, que era un peligro no solamente por éste... (Por Teófilo). que está en la edad de aprender todo lo malo... sino por Gustavo. Yo soy incapaz de acusarla, la pobrecita, porque ya tiene bastante con su desgracia... pero! En fin! Dios me perdone! Ellos, Isolina y éste son los culpables de todo.....!

Luciano.—Usted se debe acostar, Maela, ya es muy tarde.....

Gabriela.—Sí, hijo mío... Sí! Hazme el favor, Juana, de prepararle la camita á Teófilo.....

Teófilo.—No... "po" no...! Si no es con "Mayía" no voy.....

Gabriela.—Bueno... vamos conmigo... ¿quieres, Sí! Con su madre! Con su madrecita...! Ah! picaruelo! (Se levanta). Adiós, Luciano......!

Luciano.—Hasta mañana. Si esto no se resuelve yo también me marcho... (Consulta su reloj). Ya es tarde......

Gabriela.—(A Fernando). Si ocurre algo, me llamas, ¿oyes?

Fernando.—Sí.....

Gabriela.—¿Morirá...?

Luciano.—Quizás si en este momento!

Gabriela.—(Sinceramente conmovida). Dios mío! Oh! Pobrecita niña! (Murmura una plegaria). Oh! Me parte el alma ver morir así á una niña...! Me parece que es una hija mía!

Teófilo.—Yo quiero ir contigo, mi padre... (Se aferra á él).

Fernando.—No seas majadero, hijo, déjame!

Gabriela.—Conmigo, Teófilo, vamos.....

Teófilo.—(Tirando del brazo á su padre). Contigo...! Contigo!

Gabriela.—No seas majadero, hijo mío......

Fernando.—Suéltame ,Teófilo... no puedo, no puedo ir ahora. Vé con tu madre.....

Teófilo.—"Po" no me acuesto.....

Gabriela.—Ven, Fernando, nada te cuesta. Es preferible. (A su hijo). Vamos, él viene con nosotros.....

Fernando.—(Levantándose con gran trabajo... Es un capricho!

Gabriela.—(Ayudando á andar á su marido y hablando á su hijo). Vamos; vé por delante con Juana... él viene con nosotros.....

Teófilo.—Así si... (Sigue con la criada).

Gabriela.—Oh! Pero ahora pienso que Gustavo debe volver.....

Fernando.—Descuida. No vuelve. Tiene dinero.

Luciano.—Descuide usted, Maela, yo evitaré que se encuentre con Joaquín... Además: usted no debe temer nada. Oh! Joaquín está tranquilo. Pobre hombre! No, no tema usted nada. Repose usted tranquilamente que bastante falta le hace.....

Gabriela.—Gracias, hijo mío... hasta mañana... (Avanza hacia el fondo ayudando á Fernando).

Luciano.—Hasta mañana, descanse.

Gabriela.—(A su marido). ¿No vas á acostarte tú.....?

Fernando.—No... no, esperaré un rato..... (Vanse).

ESCENA IX.

JOAQUIN—LUCIANO

Joaquín.—(Acercándose poco á poco y sentán-

dose frente á Luciano). Y bien, licenciado... quisiera hacerle una pregunta.....

Luciano.—(Solícito). Las que guste, Joaquín, estoy á su disposición.

Joaquín.—Muchas gracias.....

Luciano.—Apesar del poco tiempo que le trato á usted le aprecio sinceramente y deploro su irreparable desgracia.....

Joaquín.—Mi irreparable desgracia.....! Sí! irreparble... irreparable...! A eso venía! Sí. Precisamente.....

Luciano.—Estoy á su disposición, Joaquín.....

Joaquín.—Sí si. Ahí en la sombra pensaba si este crímen no tiene castigo... Si los Códigos no hablan de eso.....

Luciano.—(Titubeando). Sí... realmente, realmente... Es el caso que no recuerdo bien, pero.... Del caso especial, del contagio... No, indudablemente no hablan los Códigos de esa especialización del delito, nó.....

Joaquín.—Ah!, pero.....

Luciano.—Sólo que en este caso, el desenlace fatal no puede atribuirse al agente, porque esa enfermedad no es mortal..... y por lo tanto.....!

Joaquín.—Que no es mortal! ¿Porque no mata en el acto? ¿Y no es peor que la haga padecer horriblemente, con síntomas repugnantes... que la haga un sér repulsivo y temido por sus semejantes...? Que le arrebate todos los proyectos, todos los sueños que atesore para el porvenir.....!

Luciano.—Pero fíjese que esas consideraciones no son suficientemente fuertes para desviar el curso de las leyes.....

Joaquín.—Y no es delito bajo todos los puntos

de vista posibles inocular á una víctima inocente de un mal terrible, conociéndose propagador activo de ese mal...? ¿No es ello igual á envenenar á un semejante, derramando en sus alimentos un tóxico terrible...?

Luciano.—Sin embargo.....

Joaquín.—Es mas terrible aún, licenciado! Porque á mi hija se le ha engañado para hacerla beber el horrible brevaje; quizás si se le haya forzado á beberlo abusando de la superioridad ó de la situación peligrosa... quizás si de la glotonería inherente á la especie.....

Luciano.—Pero de nada de ello hay pruebas, Luciano! Primeramente es imposible determinar si hubo anuencia por parte de la víctima... ó si no la hubo.....

Joaquín.—Oh!

Luciano.—Mire usted: y valiéndome de su misma metáfora: ¿Puede comprobarse, puede convencerse al Tribunal de que esa glotonería inherente á la especie no fué factor principal.....?

Joaquín.—Ah! Y cree usted eximente de un delito de esa naturaleza ó atenuante siquiera, la anuencia de la víctima...?

Luciano.—Así lo señala el Código.....

Joaquín.—Oh! Y ya que se exije raciocinio ilógico en la mujer ¿No se concibe también que ésta puede pensar en el escándalo que una resistencia desesperada provocaría? ¿No se la deja pensar en que un escándalo con toda la razón de su parte no mancharía ménos su reputación que si el hecho se hubiera consumado totalmente.....?

Luciano.—Yo me he ajustado al Código, Joaquín. Esas razones no podrían más que influir en el ánimo del Tribuanl.....

Joaquín.—Ah! Los Códigos! Yo los he estudiado, Luciano... pero ahora se me antojan libraocs inútiles, arcaicos.....,

Luciano.—No por ello le arranca á usted sus derechos... y usted tiene el de perseguir á Gustavo, que si usted no usa es por la singularidad de las circunstancias.....

Joaquín.—Mis derechos...! Ah, licenciado! Es que ahora dudo que los tenga, cuando se me roba el de considerar nocente á mi hija.....

Luciano.—Usted puede presentar su denuncia... ahora mismo.....

Joaquín.—Bien... bien. ¿Y qué pena señala el Código para éste delito...? Yo lo he leído y releído cien veces... y no recuerdo nada.....!

Luciano.—Oh! Sí! Sí... (Rememorando). Arresto mayor..., arresto mayor en sus grados medio y máximo... sí. No recuerdo bien... pero es precisamente la de arresto mayor.....

Joaquín.—Arresto mayor.....

Luciano.—Artículo cuatrocientos cincuenta y nueve... inciso tercero... Necesitaría un Código á mano.....

Joaquín.—Arresto mayor... es decir... un año.....

Luciano.—No... De un mes y un día á seis meses.....

Joaquín.—(Estupefacto). Seis meses.....!

Luciano.—Sí... si no se prueba la violencia...

Joaquín.—(Exaltado). Seis meses de encie-

rro...! En sala de distinción..... no es eso!!

Luciano.—Cálmese, Joaquín... sí... es decir... lo ignoro, es según.....

Joaquín.—(Fuera de sí). Sí! En sala de distinción, con todas las consideraciones que se deben á un miembro de su sociedad.....! Seis meses de encierro mientras allá, en la fosa común terminan de podrirse los huesos de la víctima infeliz...! Mientras un padre á quien ese malvado tronchó todas sus risueñas esperanzas, llora eternamente la desaparición violenta y terrible de una hija de sus entrañas...! Seis meses solamente...! Seis meses! Oh!

Luciano.—Cálmese, Joaquín, cálmese...! ¿Qué obtendría usted con hacer pobrir á Gustavo en una celda ó hacerlo agarrotar sobre un tablado...? ¿Recuperaría usted la salud de su hija...? ¿No le remordería la conciencia de haber aumentado el mal con otro mal...? Usted es un corazón noble, elevado? ¿A qué esa idea de venganza.....?

Joaquín.—Mas entonces: ¿Para qué fueron hechas esas leyes, señor letrado...? ¿Para que sólo los corazones nobles y las almas templadas quedaran sin su amparo.....? ¿Para librar del miedo al rico que teme perder su dinero y al cobarde ó al débil que no pueden defender su vida...? Nó! Nó! Yo no pido una venganza estéril... pido un castigo en nombre de la razón, de la verdadera moral... en nombre de la humanidad...! Luciano...! En nombre de la Humanidad!

Luciano.—Sí! Perfectamente. A usted no le falta razón... pero lo escrito escrito está y

ahora es irreformable. Mientras no nos demos cuenta de las inhumanidades de las Leyes actuales y no se reformen por aquellos que están llamados á reformarlas, hay que aceptarlas tales cuales són... Y sobre todo, amigo mío... yo no creo que la Justicia de los hombres pueda ir más allá.....

Joaquín.—Oh! ¿Y no puede depurar con el castigo y la reclusión del vicioso, en vez de limitarse á agarrotar criminales vulgares y degenerados que nunca, nunca desaparecerán mientras persista la existencia de gérmenes morbosos qué heredar.....,

Luciano.—Perfectamente, sí..... Esas razones está en el ánimo de todos... Pero nada se hace! Los tribunales están cansados ya de oirlas y los defensores de explotarlas... ya vé usted!

Joaquín.—Oh! Pero no son hombres los que esos Tribunales forman! No tienen hijas, hermanas...! Oh! No, no! No puedo creer que no haya más castigo para ese malvado. Luciano! No puedo creerlo! Nó! No quiero creerlo porque la sangre se me agolpa á los ojos y me olvido de lo que debo á su padre y su hermana! Me olvido de todo, para pensar únicamente que en ese lecho se extingue poco á poco la vida de mi hija...! De mi hija! Oh! Que se extingue sin poderlo evitar...! Oh! Esto es demasiado.. demasiado...! (Sostiénese la frente entre las manos con gesto de honda desesperación). No...! No...! No puede ser.....! (Luciano se levanta y pasea).

ESCENA X.

DICHOS.—D. FERNANDO.—TEOFILO.

Fernando.—(Sale, ayudado por Teófilo). No seas terco, Teófilo...! Yo no puedo acostarme ahora... no.....

Teófilo.—"Po" yo tampoco me acuesto. Yo no tengo sueño.....

Fernando.—(Sentándose, cerca del sofá de la izquierda, con mucho trabajo). Ay! Ay! Dime, Luciano... ¿No ha mejorado...? Ah! ¿Nada...? (Luciano mueve la cabeza). Oh! Dios mío.....!

Luciano.—¿Por qué usted no se acuesta, Fernando...? Ya es muy tarde, excesivamente tarde para que esté despierto... Es inútil. Yo no pienso irme.....

Fernando.—No, hijo mío. Estoy bien aquí, gracias. Ah! Esta pierna sobre todo me duele terriblemente. Siento mil alfileres que me raspan con sus afiladas puntas, los huesos, por entre los nervios descubiertos... Oh! Ees terrible.....!

Luciano.—Por eso mismo, Fernando.....

Fernando.—No, es inútil. Me recostaré un poco aquí... Así... Así. (Se acomoda en el sillón como para descansar un rato. ¡Ah! Desde hace algún tiempo esto avanza..... avanza terriblemente! Hace dos semanas no sentía éste cosquilleo doloroso, podía andar arrastrando un poco los piés... Ahora no puedo hacer nada... las manos me tiemblan. Mira... (Trata de llevarse la mano á la nariz). No puedo tocarme la punta de la nariz si cierro los ojos... Mira... mira! (Intenta inútilmente). Ah! No puedo! Mira! Me he

tocado un ojo! Oh! (Dejando caer la mano). Esto es terrible... terrible...! Siento que la parálisis me invade poco á poco, que la muerte vá apoderándose de mí con refinamientos de torturador...! Oh! Qué castigo...! Qué terrible castigo, Dios santo...! (Quédase absorto). (Teófilo se sienta en el sofá á su lado). (Se abre la puerta del fondo y sale la criada llevándose al interior un cubo. Joaquín levanta la vista y se retira silenciosamente).

ESCENA XI

LUCIANO. — D. HERMENEGILDO.— (FERNANDO Y TEOFILO dormitando.)

Luciano.—Ah! Doctor.....!

D. Hermenegildo.—(Tapándose la boca). Temo salir al aire... En ese cuarto hace un calor asfixiante.....

Luciano.—¿Qué hay? ¿Se resuelve.....?

D. Hermenegildo.—(Encogiéndose de hombros). No sé. Apenas si un ligero vaho manchó el espejo que en este momento le ponía Isolina... Es cosa de horas... quizás si de segundos.....!

Luciano.—Terrible, doctor, terrible.....!

D. Hermenegildo.—Verdaderamente terrible, tiene usted razón. Sí, sí. No creí nunca que Gustavo fuese capaz de eso.....

Luciano.—Ah! Pero él es capaz de todo, doctor, de todo.....

D. Hermenegildo.—(Por Fernando). Pobre padre! Mírelo usted ahí con el sufrimiento retratado en el semblante.....!

Luciano.—Este pobre hombre... y el otro, el padre de la víctima... La misma víctima,

una chiquilla inocente... Oh! Me rebelo, doctor! Esto es terrible....,!

D. Hermenegildo.—(Ante Fernando). Tú también, pobre amigo, comienzas á acabarte...!

D. Hermenegildo.—La ataxia! Ah! Sí! Dura mucho, demasiado.....! Es una muerte lenta, incontenible, decisiva...! Cuando se complica con las otras vísceras, siquiera se precipita el desenlace, pero hay veces que se prolonga.... que se prolonga indefinidamente por cuatro años, cinco... seis.....

Luciano.—Oh!

D. Hermenegildo.—Pobre amigo!

Luciano.—Y ¿es incurable, doctor...? ¿Incurable?

D. Hermenegildo.—La muerte no tiene remedio, amigo mío... y cada miembro que ataca en su camino, es un miembro que muere... que muere irremisible y definitivamente.....!

ESCENA XII.

JOAQUIN. — LUCIANO. — FERNANDO Y TEOFILO lo mismo.

Isolina.—(Desde la puerta). Doctor...! Doctor...! Venga!

D. Hermenegildo.—Voy... voy al momento...! (Corre al fondo, entrando con la criada que vuelve, al propio tiempo que sale Joaquín).

Luciano.—(Viendo acercarse á Joaquín). ¿Como la encuentra usted, Joaquín,

Joaquín.—(Débilmente). Lo mismo. Inmóvil! Rígida!

Luciano.—Tengamos esperanza aún, Joaquín... Yo he sabido de casos similares á éste, en los cuales la juventud, los años más que

todo, han vencido y alejado la muerte de repente.....

Joaquín.—(Fijo en su idea). Y bien... Luciano. ¿Qué debo hacer para perseguir á ese malvado.....?

Luciano.—Oh! Tendría usted que presentar la denuncia, firmarla, presentarla y ratificarla en el Juzgado... solicitar el reconocimiento médico inmediato en vista de la gravedad de la paciente... En fin.....

Joaquín.—Bien... yo quiero hacerlo! Yo quiero vengarme, Luciano! Yo no puedo dejar á ese miserable sin castigo ninguno.....!

Luciano.—Sin embargo, usted debía pensar que es el hijo de ese pobre hombre! (Por Fernando)! Qué impondría una aflicción y un problema más hondo, á ese viejo espíritu de sobra conturbado por las fechorías de su hijo... por la pena de usted! Oh! Debe pensarlo, Joaquín.....!

Joaquín.—Lo tengo pensado... lo tengo pensado! Yo quiero proceder legalmente... quiero dominar los deseos de matarlo á mis manos...! Ya vé usted si sacrifico algo! Yo quiero proceder por la vía legal... Ayúdeme usted!

Luciano.—(Vacilando). Bien... no tendría inconveniente. Pero debo recordar á usted mi especial posición en este caso... Soy prometido de la hermana..., como abogado estoy encargado de la defensa de él, en la causa que por homicidio se le sigue..... Ya vé usted que hay obstáculos...

Joaquín.—(Consigo)). Más yo debo hacer algo! Me avergüenzo de estar aquí cruzado de brazos mientras la hija de mis entrañas

agoniza víctima de un malvado...! Oh! Esto es duro, muy duro.....!

Luciano.—Mis sentimientos están con usted, yo quisiera.....

Joaquín.—Yo no puedo creer, no, que el autor de mi desgracia quede impune...! No imimporta que hu hermana haya sido una madre para mi hija..... no importa nada, nada! Cada minuto que transcurre, temo más que mis energías se aniquilen y que olvide la ejecución de mi venganza...! Oh! Yo habré de matarlo, Luciano! En una palabra...! Quiero agarrarlo entre mis brazos... (Fuera de sí, se contrae, furioso). Estrujarlo! Ahogarlo!

Luciano.—(Atemorizado). Joaquín! (Imperativo). Serénese!

Joaquín.—(Levantándose). Oh! Debo hacerlo...! Debo hacerlo!

Luciano.—Serénese usted, Joaquín, recobre su razón.....

Joaquín.—No... no... es inútil! Es inútil! Usted no es padre, ni usted está ahora bajo el peso de la desgracia que me enloquece...! No.....!

Luciano.—Es que usted no puede hacerse justicia por sí mismo! Que yo deberé impedirle á usted la ejecución de su venganza.....

Joaquín.—(Consigo). Soy yo... yo.. que pierdo una hija, que pierdo mi felicidad para siempre...! (Volviendo á sentarse, alucinado). Oh! Y pensar que no volveré á verla... á "ella"... á Belica... á mi hija...! Que morirá ahora... y que no la vea... nó... que no la vuelva á sentir á mi lado... hablándome... diciéndome: "Mi padre" "mi padre". "No seas maja-

dero, mi padre"... que no vuelva á oir su risa... que no pueda yo besarla... estrecharla aquí... aquí... Besarla aquí entre mis brazos... ni ver su rostro, sus ojos, que me parece aún ver aquí... delante de los míos! Ah! Qué no habré de verla! Qué no habre de verla jamás! Jamás! Ah! (Prorrumpe en sollozos ocultando la cabeza). Bela...! Bela.....!

Luciano.—(Deteniéndose al acercarse á Joaquín). Oh!

ESCENA XIII.

DICHOS.—ISOLINA que desaparece y vuelve después GUSTAVO.—UN AMIGO.—PORTERO.

Isolina.—(Saliendo de repente por la puerta del fondo). Luciano! (Baja la voz al notar á Joaquín). Luciano, ven... pronto.....!

Luciano.—Oh! Voy...! (Corre al fondo. La puerta se cierra). (Entran Un amigo y el Portero, conduciendo completamente beodo, á Gustavo).

Portero.—(Al Amigo). Le digo á usted que hay enfermos, hombre! No se puede llamar á nadie para esto.....!

Un amigo.—Entonces... le dejamos aquí.....

Portero.—Dejémosle! No es la primera vez!

Gustavo.—(Balbuciente). Eso es un abuso! Un abuso, "salaos"!

Joaquín.—(Levantando la cabeza, cuando depositan á Gustavo sobre el diván). Ah! Tú...! (El portero y el otro, se retiran). Tú otra vez aquí...! Ah!

Gustavo.—(Tratando de incorporarse). Un abuso! Yo he dado mis dos "monedas"! Un abuso!

Joaquín.—(Lanzándose de repente, sobre él y agarrándole por el cuello). Miserable...! (Lo arrastra al medio).

Gustavo.—(Forcejeando). Suelta...! Suelta! Yo he "pagao" ya! Yo no estoy borracho...! Suelta! (Gritando). Suelta.....!

Joaquín.—(Luchando). Ah! (Se oye un grito desgarrador de Isolina, en el fondo. Fernando se despierta). Oh! Qué.....!

Fernando.—Gustavo...! (Trata de levantarse).

Gustavo.—Yo quiero punta...! Punta! (Se abre la puerta del fondo de par en par. Salen, primero Don Hermenegildo y después, Isolina, llorando sobre el hombro de Luciano. Se vé el cadáver tendido en el lecho y la criada al piés de él, sosteniendo una bugía encendida).

Joaquín.—(Inmóvil, lívido, paralizado). Oh! Ella!... Es que ya.....!!

Fernando.—Oh! (Haciendo un esfuerzo supremo, se levanta para correr al cuarto y cae de rodillas, tropezando con su hijo que lo agarra).

Joaquín.—(Fuera de sí). Isabel...!! Ah! Muerta....!! (Dá un grito desgarrador y corre al fondo). Muerta!!!! Muerta!

Gustavo.—(Abrazando á su padre, que se arrastra, luchando por erguirse). Ah! Tú me "quiés" ahogar.....!

Fernando.—Dios mío...! Dios mío...! Oh!

Gustavo.—Ah! (Estrecha á su padre,entre sus trémulos brazos de borracho). Qué viejo! Qué viejo más "salao" eres!!

Fernando.—Oh! Dios! Dios! Oh! (Por un momento, mientras Teófilo los contempla. inconscientemente, padre é hijo se revuelcan furiosamente contra el suelo).

TELON

⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜ ⚜

Extractos de algunos juicios críticos de la Prensa sobre "Almas Rebeldes" y "Una bala perdida".

De "El Comercio". Año XXII, número 138.

... .

No es el señor Ramos, como revela en el prólogo de "Almas Rebeldes", hombre que se acobarda por nada, ni le interesan los juicios favorables ó adversos que de sus obras hagan. Por nuestra parte cumplimos con un deber de cortesía dando ligerísima cuenta de "Almas Rebeldes" que hemos leído, y ateniéndonos á los veintiún años del autor, á su poco común rebeldía y á sus esfuerzos por perseverar en el estudio del arte dramático, no extrañará que consignemos que, aún descontando lo difícil que es triunfar en el teatro, donde tanto talento se estrella, descubrimos en el autor que nos ocupa aptitudes singulares. Y no acoja ésto á lisonja el señor Ramos. Después de haber leído el jactancioso prólogo de "Almas Rebeldes" no dan ganas de leer el drama. Ya vé si somos sinceros.

... .

Manuel Morphy.
(J. Fuentevilla).

De "La Discusión". Año XIX, número 233.

... .

A juzgar por "Una bala perdida", el señor Ramos no es un autor de "percalina", no es tampoco un autor que haya de producir asombro, al menos con ésta obra que ahora ha entregadi á un teatro, pero es un escritor que revela conocer el corazón humano y que expone con breve claridad y observa, deduce y desenlaza ajustándose á lo verdadero, lo cual es realizar obra de arte.

Es un perseverante aún de mejor clase: ha escrito dos ó tres obras (dos las he leído), y no las ha llevado á la escena, valiendo más que ciertas producciones representadas con la previa garantía de que los obuses de la crítica no entrarían en función.......................

Francisco Hermida.

De "Cuba y América". Año XI, número 20.

... .

Sus obras no han sido puestas aún en escena, quizás tardarán en serlo, pero no importa, el hecho es que hay en ellas lo que debe caracterizar al drama moderno: ideales, vida, acción.

... .

Adrián del Valle.

De "El Diario de la Marina". Mayo 22-1907.

... .

Cuando los hube leído, sentí una aspiración irrealizable: habría querido hacer de Cuba un inmenso escenario, desenvolver á la vista de mi pueblo aquellas escenas, sugestivas unas, conmovedoras otras, nauseabundas no pocas y luego hacer grande acopio de piedad para en-

volver en mi perdón á las obcecadas, imbéciles multitudes.

... .

Y el pueblo, aquel que le estrujaba en la estación de lferrocarril que se lo comía á abrazos y saludos... se quedó con los intrigantes y trepadores, pensando que si el Senador Medina alcanzaba el Consejo de Estado y el Senador Morón el Gobierno Civil, podían repatrir pesetas y destinos, que es más práctico que teorías é ideales. Este darma, representado en Cuba en estos momentos, sería de un efecto mágico, por lo reailsta y oportuno.

... .

Joaquín N. Aramburu.

Del "Diario de la Marina". Junio 12-1907.

... .

Basta enumerar los argumentos para comprender su interés y su oportunidad, palpitante en Europa y América. Pero con ser muy interesantes, lo son más las escenas y los personajes, con que se desarrollan ambas fábulas, bien que tengamos que deducir de las primeras algunas repugnantes... y aquellas otras intolerables por lo largas..... Aparta ese defecto—bastante grave, porque no es del mejor efecto llevar un meeting al teatro—y alguna otra incorrección del lenguaje, en que se revela falta de última mano, hay en ambas situaciones de primer orden, eminentemente dramáticas; crítica despiadada pero justa, frase acerada y por lo general, los caracteres están bien estudiados y los diálogos son vivos, animados,

fáciles, marcando hábilmente el grado de cultura de cada uno de los interlocutores.

... .

M. Curros Enríquez.

De "La Vida". Año VIII, número 161.

... .

Empero, hombre al fin, tiene (como tenemos todos) un gran defecto: el señor Ramos no conoce el para muchos fácil arte de la adulación, no gusta de comprar elogios á costa de halagos á la vanidad orgullosa, desapoderada..... "Sabio" ha habido que calzado del sólido coturno de la crítica, lo juzga "discretamente" (sin haberol leído!—por confesión escrita). Otros le han hecho el vacío. Agunos se han sentido pequeños Sófocles y no han querido descender de su alto sitial á la gran arena del luchador para juzgarlo, no ha fatlado quienes tomen á impertinencias sus arrestos atrevidos..... En fin, un "maremagnum" que casi ha desconcertado al joven.... que lucha en un escabroso terreno, ante una concurrencia, que, por razones varias, le es no franca, alevosamente hostil ....

... .

Ruben Leví.
(Vicente Torres).




Digitized by Google